

AÑO III.

Madrid, 16 de Diciembre de 1878.

NÚM. 2

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Vida de campo en Inglaterra, por X.—Cafía de azúcar: su origen, emigraciones y progresos, por D. Balbino Cortés.—Caza de un gazapo literario, por D. Felipe Benicio Navarro.—El estornino de mi tío, novela.—El invierno, por J. Ortega Munilla.—Historia Natural en acción, por el C. de F.—La equitación universal, por E. Costello.—El comercio de caballos, por B. C.—La filoxera, por D. Estanislao Malingre.—La ley de Caza en el Senado.—Ecos de París, por Nedoc.—Noticias generales.—Noticias de la Sociedad.—Tiro de pichon de Madrid, por Avelino.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

VIDA DE CAMPO EN INGLATERRA.

Los extranjeros que contemplan la *season* de Londres y que tras corta estancia abandonan el país, no pueden formarse una idea exacta de la vida normal inglesa.

Han visto á aquella sociedad elegante en sus magníficas mansiones de la metrópoli; teniendo reuniones matinales en los jardines, asistiendo á caballo y en carruaje al Parque, á los dos teatros de Opera, y á las *soirées* del gran mundo.

Durante los meses de Mayo y Junio (los dos meses de moda por excelencia), han vivido entre gasas, flores y festines, en un torbellino de frases escogidas, de trajes *comme il faut*, de esplendores, de riquezas y de lisonjas.

Pero el que creyera que todas estas grandezas ocurren durante todo el año, se llevaría un solemne chasco. Ciertamente que á primeros de Mayo se abren las casas de más lujosa apariencia de Pimlico y sus alrededores; que grandes y pesados *mail coach* descargan á sus puertas lujosos muebles; que las cuadras reciben numerosos y preciados caballos, y que el *chef* pasa revista á un batallón de bien aprestados marmitones; que uno ó dos días despues los espesos cortinajes se traslucen al traves de las ventanas, y que millares de luces brillan por la noche en los dorados salones. Todo esto es cierto, visible, palpable; mas no lo es ménos que sus habitantes han abandonado el campo para establecerse temporalmente en la metrópoli. Van á reuniones, danlas á su vez, participan del comun movimiento; y al comenzar el mes de Julio quedan silenciosas y como abandonadas todas aquellas espléndidas mansiones. Sus habitantes se han esparcido por el continente ó han regresado á su lugar de partida.

Los nobles y ricos propietarios de Inglaterra tienen la buena costumbre de hacer del campo un lugar de preferencia para residir y vivir en él la mayor parte del año.

No es allí el campo un lugar solitario y áun peligroso como en otros países. Los caminos de hierro pasan generalmente por castillos y caseríos, y cuando esto no sucede, los caminos vecinales que á ellos conducen son tan llanos, limpios y aseados, que no parece sino que les han pasado por encima un cepillo de terciopelo, segun la frase de un escritor amigo nuestro.

De nada carecen: tienen telégrafo, correo, tiendas de aprovisionamiento, boticario, médico, iglesia y cuanto necesario es á la vida espiritual y material.

Mens sana in corpore sano es un principio que se practica en Inglaterra como en ningun otro país; sus Universidades dan más preferencia al que sobresale en remar, en el *cricket*, la gimnasia y otros ejercicios atléticos, que al que hace mejores pruebas en clásicos griegos y latinos. Testigo de esta verdad es la excitacion y el interes que despiertan en toda la nacion las regatas universitarias celebradas en el Tamesis. Los colores del vencedor adornan por varios dias los trajes de damas y caballeros.

En los colegios de señoritas los ejercicios atléticos forman tambien una principal parte de su educacion; no sólo en lo que se refiere á la gimnasia, si que tambien aprenden parte del ejercicio militar como el más consumado recluta. Ocioso nos parece decir que la equitacion es uno de los principales elementos que forman la base de la sólida educacion inglesa.

Pobres y ricos se levantan allí temprano y andan á pié y respiran el aire libre ántes de tomar el *lunch*, sin perjuicio de dedicarse despues á sus quehaceres habituales.

Hay la costumbre de los convites al campo por tandas y á plazo fijo. Generalmente los anfitriones reúnen á las personas que congenian y que juntos han de pasar una temporada agradable. Así van de castillo en castillo, de caserío en caserío, variando de escenas y de temperatura, de amigos y de esparcimiento. Encuéntrense, por lo general, en un castillo todas las comodidades y los adelantos de la civilizacion.

Cuando el tiempo es crudo y lluvioso hay lo que llaman *in-doors amusements* (placeres domésticos), se reúne la gente por la mañana en la Bi-

blioteca (*library*), y lee y estudia á sus anchas, ó en un gabinete artístico hojea *albums* de vistas de todos los países, ó inspecciona colecciones de insectos ó flores raras; tambien se utiliza el piano, se improvisa una orquesta ó se recitan trozos de autores selectos.

Pasa el día, y pasa rápidamente, entre estas distracciones y el despacho de la correspondencia y la lectura de los periódicos. Por la noche se establece *private theatricals*, es decir, teatro de aficionados, y una sala convenientemente preparada sirve para que luzcan sus dotes los aficionados al arte, y para que se distraigan los concurrentes.

En los dias relativamente buenos y propicios á las diversiones de *out doors* (exteriores), el tiempo se divide con provecho: por la mañana se hacen excursiones á los prados en busca de flores, se pesca en los estanques y se pasea en cestos tirados por *ponies*; despues del *lunch*, y por la tarde, se visitan las ruinas ó los sitios célebres, montados en magníficos caballos de paseo, con los cuales se simula una *steeple chase* ó cualquier broma propia de jinetes experimentados. Esto alternando con excursiones por los lagos en ligeros y apuestos esquifes, á cuyo timon se colocan, para dirigirlos, las damas más encantadoras, mientras los caballeros hacen de remeros. Tambien, y en són de broma, se improvisan regatas y otros juegos marítimos llenos de encanto y de gracia.

Alternan con estas diversiones los juegos de la pala y de la pelota, el *croquet*, la arquería y otros, en que damas y caballeros lucen su habilidad y destreza.

Esto en lo que se refiere únicamente á las distracciones de sociedad; que en otro concepto los hombres tienen ancho campo para el desarrollo de sus facultades intelectuales y para la aplicacion en grande escala de sus sentimientos humanitarios.

En efecto, los nobles y los grandes propietarios, senadores, diputados ó simples particulares, alientan y plantean exposiciones locales de ganado, aves é instrumentos agrícolas, concediendo valiosos premios á los que más se distinguen. En todas las poblaciones hay salones dedicados á conferencias públicas, y las personas importantes discurren y discurren cuestiones y problemas adaptados á la vida práctica, ante un numeroso auditorio, que en esto encuentra un gran contentamiento. No es el noble un sér alejado de sus semejantes; ántes al contrario, cree un deber el mezclarse con

ellos, mejorar sus condiciones y satisfacer sus deseos. Con ellos se mezcla en cuestiones de industria, de comercio y de agricultura, aunque sólo sea con su protección y su palabra.

De este modo, y viviendo la vida íntima del labrador, del comerciante y del industrial, los poderosos se asimilan de tal manera con los intereses del pueblo, que son la envidia y la admiración de los pueblos extranjeros.

¡Qué poderosa es la aristocracia inglesa! se suele exclamar con cierto desaliento, sin comprender que sólo basta imitarla para alcanzar su respetabilidad é influencia. Y es que allí la vida del campo y de la aldea no es un pasatiempo vano, una distracción veraniega; es la vida normal, la vida ordinaria, la fuente de donde se sacan fuerzas á la vez que riquezas.

No es esto solo: la salud y el estado moral ganan mucho; esos colores y esa alegría que extrañais en muchos ingleses que viajan por el Continente, debido es también á la vida del campo, al aire libre, y á los ejercicios corporales de la equitación. ¡Ojalá pudieran nuestros compatriotas imitar muchas de estas saludables prácticas!

X.

CAÑA DE AZÚCAR,

SU ORIGEN, EMIGRACIONES Y PROGRESOS.

Siempre ha sido difícil fijar la época en que la caña dulce de la India fué importada en la Arabia y Persia; porque, aunque Dioscórides, Plinio y Galeno dicen que el azúcar procedía del primero de estos países, recientemente Mr. Reinard expone un dato que fija ser la antigua Susiana, ó sea la provincia de Khuzistan, del imperio de los Califas, la comarca donde exclusivamente se cultivaba esta gramínea. Verdad es que pocos ignoran el fastuoso lujo y esplendor de la corte de Bagdad, ni las encantadoras descripciones del autor de los cuentos de las *Mil y una noches*; y que si se consulta á Khoudemir, historiador del siglo xv, se hallará también en él un hecho que tiene mucha analogía con el asunto que vamos á tratar tan sucintamente como nos sea posible.

Cuando en 1087 Moktaide-Biamarillah, 27 califa abadiseo, contrajo matrimonio con la hermosa hija mayor de Seldjukide de Melik-Chah, sultán de Persia, fueron sorprendentes los festejos, el lujo y la iluminación de las calles de Bagdad con antorchas de cera, y considerable la azúcar que se gastó en los banquetes de Palacio, que pasó de 40.000 kilogramos, cuya procedencia se asegura fué de la India, con la que tenía entonces activas relaciones comerciales en el golfo pérsico, la que es hoy bajalato de la Turquía asiática.

En los primeros años de la decadencia de dicha ciudad el comercio de Oriente volvió á buscar su antigua vía del mar Rojo, cerrada durante muchos años por los Sasanideos, que les impedía llegar hasta Adem y establecer en este punto el mercado donde afluían las especias, tejidos de seda y algodón, arroz, azúcar y las perlas y piedras preciosas procedentes de la India y de China, cuyas valiosas mercancías las trasportaban después los camellos al Cairo, donde se ven aún las ruinas de sus antiguos monumentos, que patentizan la opulencia de Bagdad, la de los Fatimidas y la de sus sucesores.

Nicolo Frescobaldi, peregrino florentino, que visitó el Egipto el año de 1384, dice: que las márgenes del Nilo estaban plantadas de caña dulce, y que había depósitos considerables, tanto de especias como de azúcares en el Cairo, que exportaba el comercio europeo; que era tanta la riqueza de los musulmanes, que excitó la envidia y mala voluntad de Mariu Sanuto, que en su libro de *Secretos de los fieles de la Cruz*, dedicado al Papa y á los príncipes cristianos en 1321, les recomendaba cortasen toda clase de relaciones con los enemigos de la fe para vencerlos y arruinarlos fácilmente. Tan caritativos consejos no produjeron el efecto deseado, por cuanto el interés predominó más que tan religiosos sentimientos; así es que el comercio en vez de decaer continuó con el mayor auge y prosperidad.

El azúcar que en cantidades tan considerables se exportaba del puerto de Dainiela en el si-

glo xv, se elaboraba en toda aquella comarca, teniendo además á Derote en las orillas del Nilo, como punto principal para las transacciones, por las que percibía el Soudan un derecho de 100.000 monedas de plata. De la magnificencia de esta ciudad y de sus muchos ingenios de azúcar hace grandes elogios Leon el Africano, así como también dice que el cultivo de la caña de azúcar se extendía hasta el Alto Egipto, y que sobre las ruinas de la antigua Thebas se fundaron las moradas y almacenes de los comerciantes de azúcar.

Desde que Mehemet-Alí, en 1845, estimuló el cultivo de la caña dulce hasta en la comarca más alta del Nilo y estableció un ingenio á la europea, esta industria ha llegado á ser allí un eficaz y verdadero elemento de riqueza pública. Son tantos sus progresos, que ya en 1852 existían veintiuna fábricas que producían 1.300.000 kilogramos de azúcar; en 1873 la elaboración pasó de 50 millones, y en 1877 se calcula que el valor de la producida ha llegado á 21.575.575 pesetas, de las que 20.795.825 fueron el producto líquido de 48.228.492 kilogramos de azúcar, y de 25.197.200 kilogramos de miel, fabricados en el Alto Egipto en los ingenios del citado virey, y en el Fayoum, que forma parte del Daiva Sanich.

Si investigamos la historia antigua, halláremos que cuando los árabes dominaron el litoral del Mediterráneo hasta el Estrecho de Gibraltar, ellos fueron los que importaron y propagaron el cultivo de la caña, así como el de otras plantas industriales; porque, según la descripción que en el siglo x hizo del Africa Ibn-Hankal, y la del El-Bekri un siglo después, en ambas se consigna, para enseñanza y admiración, el sorprendente é ingenioso sistema de irrigación de aquellos tiempos, apropiado eficazmente para conseguir pingües cosechas de caña dulce en las márgenes del golfo de Gabés, de algodón en las inmediaciones de Kaironan, y de índigo en Schab; así es, que como era tanta la riqueza del comercio en Kaironan, el príncipe Ziride obtuvo de él, en el año de 976, un subsidio de más de un millón de pesos.

Marruecos en el siglo xiii producía azúcar, que se expendía en algunos mercados como procedente de Flándes y Venecia; y las plantaciones de cañamiel de Bona-Argelia, las de Somma-Nápoles, y las de Centa-Africa, llegaron á tener gran nombradía en el siglo xvi, según afirma el geógrafo árabe Ben-Aias en sus interesantes descripciones. Lo cierto es que á los árabes se debe la introducción del cultivo del algodón, morera y caña de azúcar en España y Sicilia; pero preciso será citar un dato que existe consignado en documentos irrecusables, y que la caña se cultivó en la época de los reyes de Normandía, según dos decretos, el uno de Federico II de Souabia, del año 1242, y el otro de Carlos I de Anjou de 1281, en los cuales consta que ya en tiempo de los reyes de Austria y Aragon, el citado cultivo se realizaba con notable y ventajoso resultado.

El abate Troili, en su *Historia general de Nápoles*, publicada en 1749, dice que este país, así como Sicilia y Calabria, producían grandes cantidades de azúcar en el siglo xiv, y que si esta industria rural llegó después á decaer, la causa pudo ser la cantidad enorme que Europa recibía de las regiones ultramarinas sin que el precio fuese nunca excesivo.

En España tenemos las sorprendentes tradiciones del tiempo de los árabes, y un notable documento del siglo xii, que redactó en Sevilla el célebre Ibn-el-Awan, titulado: *Libro de Agricultura*, donde evidentemente se prueba, no sólo el estado de prosperidad que llegó á alcanzar el cultivo de la caña de azúcar en el citado siglo, sino también su elaboración y exportación que se hacía del reino de Granada ántes de caer este estado musulmán, en 1492, en poder de los Reyes Católicos.

También en la historia económica de Andalucía y Valencia consta que en el término de Denia se cogían, en el siglo xvii, 60.000 arrobas de azúcar cada año; 30.000 en Valdigna, y 6.000 en la huerta de dicha capital, y que á principios del xviii existían en Granada quince ingenios, que labraban 90.000 arrobas de azúcar; pero la contribución de millones acabó con la cosecha, y según una representación dirigida al Rey por los directores de Rentas, resulta que en año común de los corridos desde 1722 al de 1729 se labraron en

Granada 555.572 pilones. Cada forma pagaba 10, 12 y 14 reales, y sacaba el Erario 10.112.681 reales vellon. Desde 1719 á 1738 se subieron los derechos y bajó la cosecha. Se alzaron á 21 reales desde 1738 á 1746 y la cosecha no pasó de 232.649 pilones; el Erario perdió 4.400.000 reales. Este fatal resultado obligó al Gobierno á bajar los derechos á tres y medio reales, y á declarar, aunque sin éxito, libre el transporte de puerto á puerto de la Península. En 1789 sólo existían en el reino de Murcia veinte ingenios.

En el día, el incremento de esta industria, gracias á las reformas políticas que el país á fuerza de inmensos sacrificios ha conseguido, va siendo de una importancia sorprendente, pues en 1870 sólo los ingenios de la provincia de Málaga tuvieron un beneficio que pasó de medio millón de pesetas; pero la Instrucción provisional para la administración del impuesto transitorio sobre el azúcar de producción nacional entorpecerá en ciertas regiones, y matará en otras, una industria que si no hallase trabas en su desarrollo, como las halló en tiempos del absolutismo, podría ser una de las más importantes de la Península. Tan absurdo sistema fiscal, consignado en dicha Instrucción, redactada por la Dirección general de Impuestos, será la causa más poderosa para que sea imposible la aclimatación en grande escala de la caña de azúcar, ni la construcción de ingenios en las regiones meridionales, ni llegue á ser tan poderosa industria la más rica de este desventurado país.

Si investigamos la época de las Cruzadas en el año 1090, veremos que sus historiadores Foucher de Chartres y Alberto de Aix citan el singular placer que tuvieron sus compatriotas cuando en Siria y Trípoli hallaron la caña dulce que cogían los soldados con avidez para chupar su *delicioso* jugo. Tanto estos cronistas, como Santiago de Vitry, describen la extracción del producto llamado *zuchara* ó *zucra*, y Guillermo de Tyr dice que los comerciantes lo compraban en la ciudad episcopal para llevarlo á las principales poblaciones de Europa.

En el *Código de poseedores latinos de la Tierra Santa*, el azúcar es uno de los artículos designados como sujeto á contribución por el *Sindicato de Jerusalem*; pero tan valiosa industria ha sido después completamente abandonada. Cuando el filósofo Volney visitó la Siria á fines del siglo pasado, halló la caña de azúcar en las campiñas Saida y Beyrouth, donde recientemente también la ha visto M. Alberto Gandry. Otro historiador contemporáneo dice que en 1148 ya se cultivaba en la isla de Chipre por los muchos colonos procedentes de Siria y del Asia Menor, llevados allí por órden de los emperadores griegos, que debieron importar la planta del litoral contiguo, donde, desde el siglo xi y xii gozaban de grande prosperidad. Además, añade que fué inmenso el botín que hizo Ricardo I de Inglaterra cuando en la época de la tercera cruzada conquistó aquel territorio, que después cedió á Guy de Lusignan, como rey titular de Jerusalem, con la expresa condición de fundar en él una nueva dinastía.

Bajo el reinado de los citados príncipes el azúcar de Chipre fué uno de los artículos más importantes de exportación; bien que el cultivo de la cañamiel era esmerado, y tan considerable su rendimiento, que pudieron pagar sus cuantiosas deudas con lo que sacaron de la venta de cantidades enormes que existían almacenadas. Respecto á estos pagos se conservan algunos contratos que los estipulaban, así como también el de la venta del producto total de la fabricación en los ingenios de la gran Comendaduría de la Orden Hospitalaria de Chipre en 1464. Consta asimismo que el veneciano Juan Martini compró una partida de azúcar equivalente á 90.000 kilogramos, por una cantidad que indica ser el precio de este artículo en el punto de su producción 93 céntimos el kilogramo. En 1547 la isla, que aún se hallaba bajo el dominio veneciano, exportaba 500.000 kilogramos; pero cuando en 1571 fué conquistada por los turcos, éstos talaron las plantaciones de caña dulce y acabaron con tan importante industria.

Nada tan sorprendente como la rapidez extraordinaria con que se ha desarrollado de pocos años á esta parte la producción azucarera, principalmente desde 1853 á 1872; porque siendo entonces

de 1.400 millones de kilogramos de azúcar de caña y remolacha, llegó á ser en dicho último año de 3.000 millones, progreso que nos obliga á recordar los períodos de prosperidad y decadencia que ha atravesado el cultivo de la caña y de los usos á que se destina el azúcar, constituyendo, si se quiere, desde tiempos muy remotos, un artículo que fué de placer y especial para los festines y banquetes.

Segun el *Bulletin de la Societé d'acclimatation* de Francia, donde el ilustrado M. Viennot ha publicado la historia completa de la caña de azúcar, resulta que el estudio de las lenguas comparadas ha sido el medio más eficaz para poder descubrir el origen de diferentes productos comerciales que desde la más remota antigüedad han sido y son artículos importantes para las transacciones mercantiles. Así es, que los nombres con que se conocen en el idioma sanscrito varios productos de la India, tales como algodón, arroz y azúcar, han pasado á ser los adoptados científicamente; porque azúcar, *sharkara*, se conoce aún entre los persas por *shakara*, en el Indostan por *shoukar*, en árabe *shougar*, en griego *saccharon*, en latin *saccharum*, en italiano *succhero*, en frances *sucre*, en inglés *sugar*, en nuestro idioma *azúcar*, y así sucesivamente.

La prueba de que la caña de azúcar es originaria de la India es que los chinos, que aún la cultivan, aseguran que conocen el arte de elaborar el azúcar desde dos mil años ántes de Jesucristo; verdad es que el célebre M. de Humboldt cita algunas porcelanas de remota antigüedad, originarias del Celeste Imperio, cuyas pinturas representan las diferentes operaciones de dicha elaboración, y que entónces la China no existía para el Occidente. Que cuando Alejandro realizó cuatro siglos ántes de nuestra era sus excursiones por la India, fué cuando los griegos tuvieron nociones del azúcar; porque, segun Teofrasto, discípulo de Aristóteles, que la menciona un siglo despues, dice que es una sustancia dulce que se extrae de las cañas.

El geógrafo Estrabon cita á Eratosthenes, sabio alejandrino del siglo segundo ántes de Jesucristo, y aunque éste no sea tan explícito como de desear fuera, no deja de dar detalles el médico griego Dioscóride, que existió en el primer siglo de nuestra era. «El *saccharon*, dice, es originario de la India y de la Arabia Feliz; es el producto cristalizado de cierta especie de caña, que se parece á la sal; y que, como ella, se deshace fácilmente en la boca; por último, su trabajo se reduce á meras aplicaciones como medicamento.

Plinio, al tratar del azúcar en su *Historia natural*, aunque se expresa en iguales términos, dice que esta sustancia se usa especialmente en medicina en terrones del tamaño de una avellana.

Los poetas Varron, Atacino y Lucaino mencionan la caña de azúcar y el producto que se extrae de ella; así como tambien Séneca, el autor anónimo de *Périplo*, ó *Guía del navegante por el mar Rojo*, atribuida á Arriano y á los célebres médicos Galeno y Pablo de Egipto. Tanto éste como los cronistas Teofano y Cedreno, escribían en el siglo VII cuando la Persia fué invadida por Heraclio con sus ejércitos bizantinos, que cuando el Emperador se apoderó en Dassaretia de los tesoros que allí existían, redujo despues á cenizas sus suntuosos palacios y las inmensas cantidades de pimienta, canela, clavo, especia, jengibre y azúcar que allí se encontraron.

Ni en la India, ni en los pequeños archipiélagos africanos producían en aquella época cantidad suficiente de azúcar para cubrir las necesidades del consumo, y preciso fué introducir el cultivo de la caña en el Nuevo Mundo, donde prosperó con tanta rapidez, como se verá por los sucintos datos que vamos á consignar.

Cierto es que cuando Hernan Cortés desembarcó en Méjico en 1519, encontró allí cierta variedad de caña indígena, de la que se extraía una sustancia dulce que por algun tiempo se llegó á exportar despues de la conquista, y cuya industria se desdeñó por la codiciada explotación de minas en las principales comarcas del Continente de aquel archipiélago. La historia local conserva el nombre de Pedro de Esienza, que fué el primero que llevó á Santo Domingo la caña dulce desde Canarias en 1566, donde los cultivadores Miguel Ballesteros y Gonzalez de Velasco la pro-

pagaron. Diez años despues la isla poseía veintiocho ingenios, y llegó á tanto el incremento de este cultivo, que cuando Francia fundó una colonia en la parte occidental de Santo Domingo, que España reconoció, ya existían 600 plantaciones creadas en ménos de un siglo, cuyos productos llegaron á alcanzar en 1785 la cantidad de 79 millones de kilogramos de azúcar; desgraciadamente, la sangrienta insurrección de 1791 fué el origen de que tan pingüe y rico manantial de riqueza se perdiese, sin que haya de él quedado vestigio alguno.

Tanto en la Guadalupe como en la Martinica, donde los franceses introdujeron la caña de azúcar en 1650, y en la Louisiana en 1651, su cultivo progresó sorprendentemente; y el Brasil, que sirvió de colonia penitenciaria para las familias judías de Portugal sentenciadas por el inicuo tribunal eclesiástico de la Inquisición; allí estos desgraciados fueron los primeros que plantaron la caña que pidieron á Madera, y los que la multiplicaron en las comarcas donde los temblores de tierra no son tan frecuentes.

A principios del siglo XVIII el cultivo de dicha planta llegó á ser considerable, y la cantidad de azúcar que para Lisboa se llegó á exportar, pasó de 16 millones de kilogramos. Un judío del mismo Brasil fué el primero que en 1654 estableció un ingenio con los aparatos necesarios para la elaboración; allí tambien fué donde los ingleses adquirieron la caña que naturalizaron en Barbade, San Cristóbal y Jamaica. Fué tan entusiasta el empeño que para cultivarla y propagarla tuvieron, que en 1700 las citadas posesiones produjeron, sólo para Inglaterra, 11 millones de kilogramos; en 1734 llegó á 47 millones, y á 80 en 1785.

En el siglo presente es de admirar el sorprendente impulso que ha recibido la industria azucarera, gracias, no sólo al perfeccionamiento en el cultivo y procedimientos mecánicos de elaboración, sino al aumento de poderosos y bien combinados elementos que hacen que los rendimientos sean cada vez de más consideración é importancia.

Nuestra hermosa Cuba, formada por Dios para ser, como dice un escritor, el emporio de riqueza del Nuevo Mundo, figuraba en la producción total azucarera el año de 1872, por la suma de 712 millones de kilogramos, Puerto-Rico por 89 millones y Filipinas por 92 millones. Martinica, Guadalupe y Reunion produjeron en el mismo año: la primera, 40 millones; la segunda, 32 millones, y la tercera, 30 millones. Jamaica, 20 millones; Barbada, 38; Trinidad y otras Antillas inglesas, 81 millones; Guayana, que tambien es colonia británica, 60 millones, y la isla Mauricio 125 millones.

A los antiguos centros de producción tenemos que agregar, desde hace sólo diez á quince años, á Natal, que se halla á la extremidad meridional del Africa, que cosecha nueve millones de kilogramos, y cinco la Australia. La Louisiana, que producía ántes de la guerra Norte-Americana 225 millones, en el citado año de 1872 elaboró sólo 70 millones, y el Brasil 158 millones de kilogramos. Por último, las colonias holandesas de Surinam y Java contribuyen, la primera con 12 millones de kilogramos de azúcar, y la segunda, con 208.

Necesario será que ántes de terminar este trabajo indiquemos tambien el inmenso progreso de la producción total azucarera en los veinte años transcurridos desde 1853 á 1872.—En 1853 esta producción llegó á 1.200 millones de kilogramos; en 1863 subió á 1.500, y en 1872 á 1.800 millones sólo de azúcar-caña, no obstante tener ésta desde principios de este siglo un poderoso émullo en el azúcar de remolacha, que en 1853 produjo unos 200 millones de kilogramos; 450 millones en 1863, y 1.143 en 1872. Con este suplemento de la fabricación indígena, la producción, que era en 1823 de 1.400 kilogramos, en 1863 llegó á ser de 1.950, y en 1872 de tres mil millones.

Comparemos con estos 3.000 millones los raros y pequeños terroncillos de azúcar grandes como avellanas que en tiempo de Plinio se empleaban en la medicina, y deducirémos que la historia de la caña dulce ofrece el ejemplo más sorprendente de las maravillas que debemos á la aclimatación en grande escala, llevada á cabo con admirable

perseverancia durante muchos siglos y secundada por los adelantos prodigiosos de las artes agrícolas é industriales.

BALBINO CORTÉS.

CAZA DE UN GAZAPO LITERARIO

LEVANTADO POR EL EXCMO. SR. DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA, ACOSADO POR DON MANUEL DE LA REVILLA, Y MUERTO POR EL QUE ESCRIBE ESTAS LINEAS.

Los lectores de EL CAMPO tienen ya noticia de la batida general habida en las fragosidades de la última edición del *Libro de la Montería de don Alfonso el Sabio*, gracias al excelente y benévolo artículo bibliográfico que en el número de 1.º de Octubre último de esta Revista tuvo la amabilidad de publicar el Sr. D. J. Abascal.

Hízose la relación de aquella cacería estupenda, en la que no hubo tiro perdido, en un folleto, objeto de la citada bibliografía.

Extraños efectos debió causar en los *jaleadores* de la magnífica y novísima edición, á juzgar por el discreto silencio que siguió á la publicación del folleto. Y fué mucho más sorprendente, despues de las calurosas y entusiastas expansiones que el libro del Sr. Gutierrez de la Vega ocasionó en los críticos que de sus discursos se ocuparon, y quienes, entusiasmados ante el descubrimiento hecho por este ilustre literato y bizarro cazador, de que el *Libro de la Montería* no era de don Alfonso el Sabio, sino de don Alfonso XI, ya aseguraban que «en lo sucesivo fuera temeridad inconcebible sostener la contraria opinión», ya que «el Sr. Gutierrez merece, como pocos, un asiento en la Academia de la Historia y un puesto *prominente* entre los escritores contemporáneos» (1), ya «que sus discursos sobre la obra venatoria del rey Sabio no podrán ménos de abrirle de par en par las puertas de la Academia de la Historia», ya, en fin, segun decia entónces don Manuel de la Revilla, nuestro querido amigo, «que el Sr. Gutierrez de la Vega prueba con concluyentes razones, que no dan lugar á réplica», el famoso aserto; en todo lo cual faltó con respecto á los códigos lo que á juicio del bachiller Fernan Gomez de Cibdarreal faltó á fray Lope Barrientos al cumplir el encargo que le hiciera el rey don Juan II de examinar y expurgar la librería de don Enrique de Villena, y de quien dice que al quemar los libros, «non los vió él más que el rey de Marroecos.»

Este entusiasmo espontáneo y súbito no podía extrañarnos por genuino de país meridional. Pero demas de esto, ya don Alfonso dice en su precioso libro algo que viene á nuestro cuento: «Lo primero que debe saber el montero de pié [es] si se le levanta de talante de ser montero.» Los ilustres críticos de la edición del Excmo. Sr. don José Gutierrez de la Vega habian oido las campanas de sus *Discursos*, pero en realidad no sabían dónde sonaban. Apeáronse de su entusiasmo crítico-histórico-literario cuando llegó la ocasión, y encontraron más fácil y más cómoda la prudencia del silencio, que el sacrificio de la confesión ó el riesgo de la defensa. Entre ellos hemos de exceptuar, sin embargo, al Sr. Revilla. El mismo interesado, con un maquiavelismo verdaderamente venático, se abstuvo sistemáticamente de mencionar siquiera la publicación del folleto *El Libro de la Montería es el Tratado de la Venación de don Alfonso el Sabio*, tan breve en doctrina como largo en rúbrica, en la sección de bibliografía venatoria de su *Ilustración*, ni mucho ménos sostenía lucha encarnizada por su empresa.

En paz, pues, estábamos todos, cuando en el último número de *La Revista Contemporánea* se digna ocuparse del nombrado folleto, con una benevolencia que sinceramente le agradecemos, el reputado crítico Sr. D. Manuel de la Revilla. No pretendemos rebatir sus reparos, aunque fuera tarea en extremo fácil. Uno solo de ellos nos pone la pluma en la mano, y aún esto lo hacemos por defender al autor del *Libro de la Montería*. Dice así el Sr. Revilla, despues de haber citado y sancionado nuestra crítica de la infidelidad con que

(1) Véanse los artículos publicados en varios periódicos de Madrid y de provincias, sobre la edición del *Libro de la Montería* y que el Sr. Gutierrez de la Vega copió en el segundo tomo de ella.

el Sr. Gutierrez de la Vega ha reproducido la obra:

Nada tenemos que decir sobre estas censuras, que en general nos parecen fundadas, salvo una de todo punto injusta, que es la siguiente:

En la pág. 67 del t. I del *Libro de la Montería* se lee la siguiente frase: «como quier que es el día del verano mayor que el del invierno a en el menos tiempo para correr el monte.» El Sr. Gutierrez de la Vega sustituye acertadamente la palabra *ménos* con un *más*, atribuyendo el error á equivocación y mal criterio del autor. Pero al Sr. Navarro no le parece bien corrección *tan atinada*, y dice que bien pudo ser *INTENCION RAZONADA* del autor TAMANO DISPARATE. ¿Quiere decirnos el Sr. Navarro con qué *intención razonada* puede afirmarse que como los días del verano son mayores que los del invierno, hay ménos tiempo en ellos para correr el monte?

Y vaya si se lo dirémos al Sr. Revilla con tanto mayor gusto y fundado motivo, cuanto que sería un grave cargo para nuestra conciencia el dejarle creyendo que es un *disparate* lo que no sólo fué *intención razonada* del autor, sino simple cuestión de comun inteligencia.

Opinando en general lo que don Alfonso expresa con respecto al montero de pié, creemos que lo primero que debemos hacer, al abordar un asunto, es escudriñarnos por dentro y ver con qué elementos contamos para tratarle, ó discurrir sobre él. Al Sr. Revilla, cuya competencia literaria sancionada está por el honroso puesto que ocupa en la Universidad central, sospechamos que le falta, sin embargo, un tantico de experiencia venatoria, á juzgar por su *disparate*. Dicho sea acá entre los aficionados á los deportes, á quienes no hace gran falta saber de literatura para practicarlos, creemos nosotros, y lo decimos con cierto escozor de disparate, que para hablar de cazas es preciso entender un tanto en ellas, y que si bien un literato puede hablar muy bien de todo, nunca le sobra el saber alguna cosa más que de letras.

El Sr. Revilla no ha parado mientes, sin duda, en que las monterías de que trata el rey Sabio, ni se practicaban entónces como ni en donde él acaso las ha visto practicar, ni eran las de que se trata en el párrafo lesionado por el Sr. G. de la Vega, de tímidos gazapos ó inocentes codornices. El aplicar al *Libro de la Montería* las observaciones y el criterio de un cazador de coto por acciones, como más de una vez hemos visto ya suceder, es, además, exponerse á yerro cierto.

Si, mi querido amigo Revilla, los días del invierno debían ser mayores que los del verano para los efectos de las monterías de osos, puercos y ciervos, por más que á V. m. le parezca tal aserto un *disparate* de don Alfonso el Sabio, y absuelva al Sr. Gutierrez de la Vega de su fechoría contra el texto del libro famoso, en este punto. Véase lo que aquel dice en el capítulo xx del libro primero «que habla del departamento que ha de la montería del verano á la del invierno» (1).

«Otroí, guardar mas canes, porque si acaesciere que erraren los primeros ó dejaren con la siesta, tengan canes para cobrar el venado, porque *ante que escaliente* (2) el día HAYA ACABADO SU MONTE... que como quier que es el día del verano mayor que el del invierno, ha en el menos tiempo para correr monte que en el día del invierno. Et por esto ha mester tomar el monte mas por la mañana et haber mas acucia que en otro tiempo. Otroí, debe llevar mas alanos para hacer las armadas mas allegadas que en otro tiempo por que den cabo á su monte *mas aina* (3).

Recordemos que el adverbio *como quier* equivalía en los siglos XIII y XIV, cuando ménos, al adverbio *aunque* actual, como pueden probarlo muchos pasajes del *Libro de la Montería*, donde se emplea, y á más estas citas, que nuestro amigo no desconocerá de seguro:

El quando esto oyo doña Vascañana, *como quier* que ella tenía que aquellas eran vacas; pero pues su cuñado lo decía, que dixera don Alvar Fañez que eran yeguas, tuvo ella verdaderamente en todo su entendimiento que él erraba.

EL CONDE LUCANOR.—CAP. V.

E *como quier* que el rey don Theodoredó fuesse muerto en esta batalla fué vencedor: ca el rey Atyla e los suyos fueron vencidos.

VALERIO DE LAS HISTORIAS.—LIB. I.

Sustituyase el *como quier* que por *aunque*, en el párrafo transcrito del *Libro de la Montería*; déje-

(1) Para las citas que hacemos del *Libro de la Montería* nos hemos servido de la edición del Sr. Gutierrez.

(2) *Es caliente*, dice el Sr. Gutierrez de la Vega.

(3) Cap. xx del libro I.—*Aina*.—Presto, con prontitud.

se el texto tal cual se encuentra en los dos códices escorialenses, que es como nosotros le trascribimos, y véase si disparató don Alfonso al formular el concepto.

Esto en cuanto á la forma. Erró en lo sustancial de él, según los Sres. Gutierrez de la Vega y Revilla. Veamos cómo.

Dice más adelante en el mismo capítulo:

Et por estas dos razones, todo montero para facer buena montería, cuando acaescier que *hobier acabado su montería por la mañana en este tiempo*, non debe tomar cobdicia en ese día para ir correr otro monte, *asi como lo podria facer en los días de invierno*.

En el capítulo XXI del mismo libro:

... en el verano es el tiempo muy caliente et los canes non pueden facer bondat como en tiempo del invierno.

Y recomienda repetidas veces que se hagan las «*buscas* antes que venga la siesta y porque fallen con el rocío de la mañana»; que no se olvide de llevar al monte buena provision de agua para hombres y canes, dificultades todas para correr monte en tiempo de verano.

Pero aún dice más el rey Sabio, cada vez más empeñado en disparatar.

Et en Junio et Julio et en los veinte primeros días de Agosto, como quier que van engordando los venados, es el tiempo tan caliente que si non es en las tierras frías además (4) *non hay canes nin homes que puedan correr en este tiempo*. Et por esto son peores estos dos meses et las tres semanas de Agosto que ningunos de los otros meses del año para correr monte en las más de las tierras (5).

Todo esto dicho sea y traído aquí, con perdon de los Sres. Revilla y Gutierrez de la Vega, con objeto de demostrar que don Alfonso no disparató ni al pensar, ni al escribir, pues del contexto literal resulta el párrafo del *disparate* perfectamente construido, tal cual se encuentra en los códices de la Biblioteca Escorialense; y de las citas que hemos hecho del *Libro de la Montería*:

Que los meses de verano no sólo son peores que todos los demás para correr monte en las más de las tierras, sino que *non hay canes nin homes que puedan correr en este tiempo*.

Que en el resto del tiempo, que aún pudiera considerarse como de verano, no se debe correr sino por la mañana, antes de la siesta. Y comiéndose á mediodía, claro es que las horas hábiles para la caza en este tiempo quedaban reducidas á las primeras del día.

Que para esta época se recomienda repetidas veces por don Alfonso que se lleven y tengan dispuestos más canes que en otro tiempo para terminar *mas aina*, esto es, más pronto ó más temprano.

En fin, léanse las relaciones de algunas de las cacerías, que trae el segundo tomo del *Libro de la Montería*, y allí se encontrará la plena confirmación de lo que sienta don Alfonso al asegurar, *con mal criterio*, según el Sr. Gutierrez de la Vega, y con necesidad de la *corrección atinada* de éste, según el Sr. Revilla, que «como quier que—esto es, *aunque*—es el día del verano mayor que el del invierno ha en el *menos* tiempo para correr monte que en el día del invierno.»

FÉLICE-BENICIO NAVARRO.



EL ESTORNINO DE MI TIO.

En la época en que, cazador novicio, tomaba algunas veces los mirlos por zorzales, los grajos por perdices; en aquella época, en una palabra, en que todos los pájaros que pasaban á tiro de mi escopeta me parecían buena presa, una tarde que volvía de vacío, la casualidad (que hace bien las cosas cuando quiere) me hizo caer en pleno vuelo

de estorninos, que iban de retirada á descansar.

La ocasión era tentadora, y dejarla escapar me pareció una locura; así, sin pararme en los reproches que interiormente me dirigía la conciencia, me apresuré en apuntarlos con la escopeta, y poco despues dos victimas yacían jadeantes al pié del árbol en el que las inocentes se habían detenido.

Coger disimuladamente los dos cadáveres, deslizarlos en el morral y taparlos con una capa de hierba seca fué cosa de un instante; y para que el engaño fuese más completo, coloqué entre las mallas del morral algunas plumas de perdiz, cuidadosamente guardadas en reserva, y más orgulloso que Nemrod me puse en camino hácia mi casa, silbando una alegre canción.

A cien metros del pueblo encontré á Federico, uno de nuestros mejores paisajistas, antiguo amigo de la familia, y mi constante compañero de caza. Mis dos tiros lo habían hecho quedarse á la capa, deseoso de conocer la causa que los había motivado.

—¿Y bien? me gritó en cuanto me apercibí.

Hice como que no lo había oído, y seguí marchando con aire vencedor.

—¿Y bien? repitió al acercarme.

—¡Doble golpe, querido, doble golpe! respondí en tono que trataba de hacer modesto.

—¿Y qué ha matado V.? preguntó con voz temblona por la emoción, pues aunque tiraba bien y se decía mi maestro, sólo había matado aquel día una codorniz.

—Dos perdices, le contesté con orgullo.

Y de lejos le enseñé el morral en el que se veían algunas plumas arregladas con gran arte.

Federico lo creyó; así es que su nariz, que en tiempo ordinario es ancha y corta, tomó desmesuradas proporciones.

—¡Ah! exclamó.

Este ¡ah! valía él solo todo un poema; tal disgusto y envidia contenida expresaba.

—Sí, querido, continué indiferentemente, echando por prudencia el morral hácia la espalda; figúrese V. que en el momento en que ménos pensaba se levantan dos perdices delante de mí; tenía la escopeta montada, tiro y ¡pan, pan! los dos tiros salen tan juntos que parecen ser uno solo; los pájaros caen, y mi botín duerme el último sueño en el fondo del morral.

Esta narración había sido hecha con tal aplomo y naturalidad que Federico creyó debía felicitar me, y yo recibí sus frases como hombre que lo merecía, aunque el rubor me salía á la cara.

Terminado este incidente, continuamos nuestro camino hasta llegar á una escalera que estaba cerca de mi casa, y mi alegre compañero, olvidando lo que acababa de pasar, me hablaba de su país, de su infancia y de su tío el almirante A., y su admiración se elevaba hasta el lirismo hablando de aquel noble anciano, al que debía su educación.

Distraído con la conversación, había olvidado mis estorninos; así es que al llegar á la escalera, me adelanté para subirla el primero. El movimiento que hice parece fué bastante brusco; descompuse el arreglo hecho en el morral, y uno de los estorninos ¡el miserable! asomó el pico á la ventana.

Una carcajada homérica me hizo volver la cara, y quedé con una pierna aquí y la otra allá, muy admirado por aquel exceso de alegría, de que no sospechaba la causa, y la sorpresa que demostró redobló la hilaridad de Federico.

—¡Golpe doble, querido, golpe doble! ¡dos perdices! me gritó parodiando mi modo de hablar, cuando pudo dominar la risa.

Y me señalaba el cuerpo del delito que, no contento con el pico, enseñaba también sus patas.

Lo comprendí entónces, y de un salto subí la escalera y salí corriendo, perseguido por la risa del despiadado burlón.

No fué sin cierta aprensión, que me decidí á sentarme á la mesa á la hora de comer. Pero fuera olvido de Federico, ó que juzgase inútil iniciar á los demás en nuestras cuestiones, la comida se acabó sin que hiciera la menor alusión á mi aventura.

Lejos de tranquilizarme el silencio de Federico, aumentó mi inquietud. Conociéndolo, temía me jugase alguna mala pasada, y queriendo tranquilizarme, me apresuré, en cuanto sirvieron el café, á acercarme á él y decirle:

(4) Por demás, con exceso, con demasia. «Porque el comer e el beber les acrecentasse la vida e la salud e non ge la quitasse comiendo e bebiendo además», dice don Alfonso de Cartagena en su *Doctrinal de Caballeros*. También Cervantes emplea este adverbio en el mismo sentido.

(5) Cap. xxxv del libro I.

—Gracias, amigo mío, mil gracias, y le apreté las manos.

—Él me miró como admirado.

—¿Me da V. las gracias? y ¿de qué? dijo con voz grave.

—¿Olvida V. lo que pasó esta mañana? repliqué.

El pintor reflexionó un momento; despues, lentamente y midiendo, por decir así, cada palabra, me dijo:

—Querido amigo, ¿quiere V. hacerme un gran servicio?

—Hable V., Federico, le contesté con animacion; estoy á su disposicion.

—Pues bien, le ruego no mate nunca un estornino mientras vayamos juntos: ¿me lo promete usted?

—Pero...

—Hágame V. este pequeño sacrificio, se lo ruego. ¿Qué le importa no atacar á seres inofensivos, que son útiles auxiliares para el hombre, y á los que he consagrado una afecion tanto más grande, cuanto que uno de ellos me ha evitado un crimen que hubiera sido el remordimiento de toda mi vida?

Despues, sin poder observar el asombro que me causaban sus palabras, me apreté las manos diciéndome:

—Quedamos conformes ¿no es cierto? Cuando cacemos juntos, V. respetará mis protegidos. A mi vez le doy las gracias.

Y dejándome estupefacto, se dirigió á una mesa de tresillo.

Yo me quedé toda la noche soñando con lo que me habia dicho Federico. ¿De qué crimen me hablaría? ¿Se habria burlado de mi credulidad?

Mientras más buscaba, ménos atinaba, y me perdía en medio de la confusion de ideas que surgian en mi cerebro.

Hubiera querido interrogarle aquella misma noche; pero él, adivinando sin duda mis designios, parecia poner cuidado en huir de mi lado.

Al día siguiente por la mañana, no pudiendo contenerme más, me acerqué á Federico cuando se disponía á ir á tirar unos conejos y le rogué me confiase el secreto, pues me habia quitado el sueño y el apetito la curiosidad.

—¿Cómo? ¿todavía piensa V. en eso? me dijo afectando un aire admirado.

—¿Cómo si pienso! Estoy seguro de ponerme malo si V. no pone el remedio contándomelo.

—Nada de eso, amigo mío; esta noche, despues de comer, le contaré esta aventura de mi juventud; pero con una condicion: que nunca me volverá usted á hablar de ella.

—Lo juro, dije con una violencia que hizo sonreír á Federico.

—Hasta la noche pues.

Exacto á la cita, me senté en un divan al lado de mi amigo, que encendió su cigarro y me contó, como sigue, la historia del *estornino de mi tío*.

—Huérfano de padre y madre desde la edad de seis años, fui criado al cuidado de un tío, celibatario endurecido, cazador endiablado, que vivía retirado en una antigua casa.

Mi tío, sin que yo haya sabido por qué, no me llamó nunca por mi nombre; puede que se acordase que mi padre, Hans Müller, se habia casado con mi madre á disgusto de la familia. Hablando de mí, decia: «el malvado de mi sobrino», á ménos que no variase por «el bribon de mi sobrino» y acentuaba su frase con una sonrisa que me recordaba la risa satánica de Mefistófeles en la escena de la seduccion de Fausto. Usted convendrá conmigo en que mi tío se mostraba bien poco respetuoso con el hijo de su hermana, pero Dios me perdone, no debo pensar en ello, pues ocultaba un corazon de oro bajo su ruda corteza de marino. Todos los del país se acuerdan y se acordarán siempre del que llamaban el Almirante, y el nombre de Franz Freedman, pues mi tío murió á los noventa y cuatro años, el 26 de Noviembre de 1846, quedará como una tradicion en el país.

Como ya os he dicho, me habia adoptado y cuidado de mí; pero teniendo por principio tanto como por carácter, horror de los niños, me habia puesto en un colegio.

Esta época de mi vida no es la más alegre; no fui ni mejor ni peor que otro, y despues de un sinnúmero de pantalones usados en los bancos, obtuve, en Julio de 1842, mi diploma de bachiller en letras, y me preparé á volver á la casa.

Mi tío, á quien habia visto á raros intervalos, acordándose que habia por el mundo un sobrino de diez y nueve años, me hizo el honor de llevarme á su lado, con el objeto, decia, de entenderse conmigo sobre la carrera que habia de seguir.

No fué sin sentimiento que dije adios á mis amigos de colegio; sabía lo que dejaba, y estaba en la duda más completa sobre lo que me reservaba el porvenir.

Felizmente para mí, Luis Mimerel, mi amigo más íntimo, cuyo padre posee inmensas propiedades á algunas leguas de la Chapelle, salía al mismo tiempo que yo, y su presencia y la esperanza de encontrarnos no contribuyeron poco á disipar las nubes que habian oscurecido mi frente por un momento.

Por otro lado, á los veinte años, por vivas que sean las impresiones, son pasajeras. Una cosa me preocupaba singularmente y era que hacia algunos meses mi tío no vivía solo. A la muerte de su hermano, ocurrida el año anterior en Washington, dejando sin fortuna á su mujer é hija, habia recogido las dos desgraciadas mujeres y las habia admitido en su intimidad.

La madre no me asustaba; era una buena y digna mujer, indolente como la mayor parte de las criollas, cuya sola ocupacion era la lectura de la Biblia; pero el carácter de la hija, de que Luis Mimerel habia oido hablar en su casa, me asustaba con motivo.

Regina acababa de cumplir diez y ocho años, era blanca y sonrosada como una hija de Albion, y sus cabellos eran de un rubio ardiente que cambiaba bajo el resplandor de la luz en oro. Muy bien formada, aquella jóven, tan delicada en apariencia, estaba dotada de gran energía, y para ella no existía la palabra imposible. En lo moral era la criatura más singular del mundo; loca y alegre, parecia que aquella rubia criatura fuera incapaz de fijarse dos minutos en una idea; mimada por su madre, adulada por su tío, sus caprichos no tenian límite y sus menores deseos eran órdenes, á las que no era bueno desobedecer.

Muy aficionada á caza y carreras, Regina hablaba de caballos y perros como podria hacerlo el más hábil *sportman*, y sus opiniones eran como oráculos para los que la rodeaban.

El almirante, seducido por el extraño carácter de la jóven yankee, se habia apasionado por ella y sufría sus fantasías y costosas exigencias con una paciencia que he admirado siempre sin poder explicármela.

Todos estos detalles los conocia por las relaciones que me hacía mi amigo Mimerel, quien yo sospechaba se habia dejado hechizar por los bellos ojos de mi prima.

Usted comprenderá fácilmente que á medida que disminuía la distancia que me separaba de la sirena, me sentía más inquieto.

¿Qué figura iba yo á hacer en presencia de aquella burlona jóven, con mi levita estrecha, cuyas cortas mangas dejaban ver unos brazos delgados y manos coloradas y grandes como palas de lavanderas, con un pantalon demasiado corto que enseñaba una media que fué azul, y enormes zapatos con cintas, cuyos clavos hubieran dado envidia al aguador?

El 18 de Agosto de 1842, á las nueve de la mañana, bajaba yo de la diligencia y tomaba asiento en el *break* que mi tío habia enviado á mi encuentro. Dos horas despues estaba delante de la puerta de la casa medio magullado, y ántes que hubiera podido pensarlo, Fermin, el *alter ego* del Almirante, me habia cogido, y me encontré, sin saber cómo, en presencia de mi tío.

—¿Eh! ¿es el tunante de mi sobrino! gritó alegremente una voz seca y vibrante, cuyo acento me hizo temblar como una hoja.

Y como me quedase con la boca abierta, sin atreverme á pronunciar una palabra, el anciano añadió tendiéndome los brazos:

—Vamos, vén á abrazarme.

Entonces, saliendo de la especie de letargo en que estaba, levanté los ojos, y á pesar de sus noventa años, lo encontré, poco más ó ménos, como en mi última visita.

Mi tío me miraba sonriéndose y mi aire de simple y mi cara enrojecida parecieron divertirle mucho.

—¿Eh! tunante de sobrino, me dijo despues de

examinarme de piés á cabeza en silencio, has crecido mucho, y espero harémos algo de tí. A propósito, ¿á qué carrera te dedicas? No te inclino á entrar en la marina, no hay nada que hacer por ese lado; supón que entras en el colegio, saldrás para vegetar durante veinte años ó más, y obtendrás al fin el mezquino retiro de teniente de navío.

¿Qué dices del colegio de Saint-Cir? ¿No es soberbio llevar la charretera á los veinte años? Pues bien, aquí para los dos, también es un mal negocio; hoy la gloria no es sino una palabra vana, sólo se premian los escudos, y los hijos de familia se hacen banqueros ó comerciantes.

Podria proponerte de estudiar el Derecho; tú eres de la madera de que se hacen los presidentes, y estoy convencido por tu aspecto, malvado sobrino, que harías camino rápidamente; pero á esto le veo un grave inconveniente, y es que es preciso hablar, y en este oficio se aprende á hacerlo con razon ó sin ella, y se llega á ser comunmente un insigne charlatan, y á menos de tener la cabeza muy bien organizada, se llega sin querer, y algunas veces sin saberlo, á ocuparse de cosas que no le atañen, y un día se encuentra tan completamente embrollado, que es imposible encontrar el camino derecho. No pretendo influir sobre tus futuras decisiones; pero si tus gustos no te llevan hacia el foro, no lo sentiré.

Queda la medicina, la más bella y la más envidiable de las profesiones; aliviar á sus semejantes, luchar con la enfermedad, vencerla, disputar á la muerte, aún con peligro de su propia vida, la presa que codicia.

¿Hay aquí abajo una mision que llenar más noble? ¿No, mil veces no! El papel de médico es el más magnífico del mundo. ¿Cuál sería mi alegría si te viera marchar sobre las trazas de esos nobles y bravos campeones que son el honor y la gloria de la humanidad? Pero, amigo mío, has reflexionado en la enorme dosis de trabajo que se necesita para adquirir una débil partícula de esta ciencia tan difícil y admirada? ¿Te sientes con valor para hacer completa abnegacion de tí mismo, y decirte que tu vida no te pertenecerá más? ¿Te crees capaz de luchar contra los caprichos de la fortuna? Bien sé que me hablarás de la gloria. ¡La gloria! Una bonita palabra. ¡Pero si supieras qué poca cosa produce! Cree en mi vieja experiencia, sobrino; la gloria es como el champagne, hace espuma y alegría y embriaga, pero no deja nada.

¡Mi época valía más que ésta; se batía uno bien y á menudo; ¡pero mil bombardas! estaba uno seguro no le faltaría un pedazo de pan cuando fuera viejo. Yo no fui ni más listo ni más tonto que otro, y sin embargo, en lugar de una modesta posicion, poseo cien mil libras de renta.

Así, es decidido, no nos harémos médico.... ¿Y qué nos queda? No veo...

—¿Tío! repliqué, tratando de poner término á aquel flujo de palabras.

—Señor sobrino, continuó con el mismo tono; tiene V. diez y nueve años y no tenemos prisa. Le concedo seis meses de descanso, y al espirar este plazo, volverémos á ocuparnos de este interesante asunto, y al fin sabrémos qué carrera...

—Tío, yo adoro la pintura y...

—¿Qué adoras la pintura? Y bien, malvado sobrino, yo también amo las artes, profeso la más profunda admiracion por los artistas, los de talento se entiende. Bueno, sea la pintura; pero más tarde, dentro de algunos meses. Mientras, come, bebe, duerme y caza... sobre todo caza; Fermin te dará doscientos francos al mes para tus gastos. Alégrate, diviértete, estás aquí en tu casa, tunante sobrino, pero no hagas locuras. Ahora, malvado sobrino, estoy encantado de haber hecho más amplio conocimiento contigo, y de encontrar en tí el hijo de mi hermana, pues te le pareces. ¡Pobre Luisa! Era una dulce y buena criatura, y la quería con todo mi corazon. Esta afecion me siento dispuesto á colocarla sobre tí, y por tu lado, espero amarás un poco á tu anciano tío. No te detengas más, amigo mío. Vé lo primero á cambiar esas ropas... por un vestido más en armonía con tu nueva situacion. Fermin se habrá ocupado de eso. Despues irás á presentar tus respetos á tu tia, y hacer conocimiento con tu prima, una linda jóven... un poco ligera, singularmente fantástica.... pero ¡qué cabeza, qué talento! ¡Seamos juiciosos, demonio, seamos juiciosos!

La risa con que mi tío acentuó sus frases, me hizo sentir escalofríos.

— Regina es un diablillo con enaguas, añadió; ten cuidado de que no te muerda, pues te prevengo que tiene mal diente. ¡Eh, tunante sobrino, hasta luego!

Calcule V. la figura que debía yo tener durante este discurso, pronunciado de un tiron, con voz clara y vibrante, cuyo timbre adquiría á veces gran dulzura. Semejante á una cigüeña, estaba de pié delante de la mesa de mi tío, sin saber qué postura tomar y dónde poner las manos.

Mi tío se divertía con mi embarazo; sus ojos guiñaban detras de las gafas, y una sonrisa burlesca asomaba á sus labios.

Aun lo veo, sentado delante de su mesa de escribir, con las piernas cruzadas, jugando con su caja de tabaco con una mano y la otra sobre el sillón.

Dos cosas que habia allí picaban mi curiosidad; la primera era una sencilla jaula de madera blanca, en la que habia un estornino, el favorito de mi tío; la segunda era un modesto... paraguas. ¡Pero qué paraguas! Un mueble con su puño en forma de pico y un tamaño capaz de abrigar una familia.

Mi tío no daba un paso sin el paraguas, y creo que por la noche lo colocaba al alcance de su mano.

¡Pobre tío! miraba este mueble como una especie de *palladium*, y esta manía la llevaba tan lejos, que repetía á menudo, que el día que desapareciese su paraguas, sería el último día de su vida.

Y ved qué coincidencia; el 26 de Noviembre de 1846 hubo fuego en el gabinete del Almirante, y el paraguas fué una de las primeras víctimas del siniestro; la noche del suceso, y aunque nadie le habia dicho nada de ello, al ir á llamarlo para cenar, se encontró al almirante Freedmann muerto en su sillón.

No siendo mi intencion cansaros con la relacion de los dos años que pasé bajo el techo del anciano, cuyo cariño por mí aumentaba cada día, os diré los hechos que motivaron mi partida de la Chapelle.

Desde mi llegada habia recibido de mi tía y prima una excelente acogida; ésta última, sobre todo, me habia parecido alegrarse de mi instalacion en el castillo. Criada por su madre que, nacida en las colonias de padres ingleses, sabia unir á la indolencia de la criolla la excesiva libertad de las jóvenes yankees, Regina era tal como me la habia pintado mi antiguo amigo Mimerel. Bella para hacer soñar al mismo San Antonio, nada podria explicar la impresion de sus ojos; admirablemente formada, mostraba en sus menores movimientos la flexibilidad felina de la pantera, de la que tenia la coquetería, la morbidez, hasta los menores detalles.

Desde los primeros dias, esta débil criatura, habia tomado sobre mí un imperio extraordinario, me fascinaba, y sus menores deseos eran órdenes, las cuales me apresuraba á obedecer como un esclavo.

El amor se habia apoderado de mí, me dominaba, y yo me dejaba llevar por la corriente que me arrastraba, dejando por el camino pedazos de mi carne y de mi corazón.

Sumiso como estaba á sus menores caprichos, Regina debía abusar para tiranizarme sin tregua.

Cada día eran nuevas carreras á traves de montes y llanos; hoy, corriendo tras un jabalí; mañana, persiguiendo liebres y perdices. Ardiente en sus menores acciones, aquella joven, tan delicada en la apariencia, estaba dotada de una energía sin igual: así, parecia tener un placer en obligar á pedir descanso á un mozo de mi talla, fuerte y robusto.

Ordinariamente cazábamos solos, mi prima y yo; y durante aquellos largos paseos por el campo, durante aquellas locas correrías, siempre á galope, cambiábamos mil dichos que me embriagaban de felicidad ó me causaban los más terribles accesos de rabia.

Otras veces, algunos vecinos del campo ó jóvenes oficiales de la guarnicion de Belfort, venian á cazar jabalíes, y esos días mi sufrimiento era intolerable; mi prima parecia poner empeño en excitar mis celos, coqueteando con aquellos señores. Habia uno sobre todo que me atacaba terrible-

mente los nervios. Antiguo oficial de lanceros, Mr. Jorge Heinen era un buen mozo de treinta años, tan frio como pretencioso, siempre muy peinado, vestido á la última moda y excesivamente satisfecho de su persona.

Muy asiduo con mi prima, este D. Juan de guarnicion se habia titulado, de su propia autoridad, el caballero de Regina: así no dejaba escapar ninguna ocasion de hacer resaltar á sus ojos las ventajas que podia procurarle su inmensa fortuna.

¿Regina lo amaba realmente, ó lo fingia para jugar con mi loca pasion? Lo ignoro; lo cierto es que parecia poner cierta ostentacion en dejarse cortejar por el joven y animarlo.

¡Qué de veces, durante una cacería, los vi galopando uno al lado del otro, inclinados sobre la silla, y hablándose de cerca y con animacion! Entónces me subia á la cabeza un deseo de matarlos, y emboscado detras de un cercado, con la escopeta á la cara, esperaba su paso; pero en el momento de ejecutar mi siniestro proyecto me faltaba el valor y huia para escapar á la terrible tentacion que me perseguia.

¡Qué de lágrimas de rabia he derramado! ¡Qué de torturas he sufrido! Cóleras impotentes que una sola palabra de mi idolo hacia evaporar, como esas lluvias de tormenta que el menor rayo de sol hace desaparecer.

¿Me encontrará V. sin duda bien cobarde? Es porque aún no conoce V. en todas sus faces aquella naturaleza eminentemente compleja, cuyas metamorfosis eran tan súbitas é imprevistas.

Algunas veces, sin que una causa aparente pudiera explicar el cambio á mis ojos, Regina seguia conmigo una línea de conducta en completo desacuerdo con su manera de ser habitual. En aquellas horas, su voz resonaba en mis oidos como una música divina; su mirada se fijaba en mí cargada de flúidos que me penetraban hasta la médula; sus labios me sonreian, entregando mi alma á dichas infinitas; toda su persona, en una palabra, adoptaba una nueva forma, el demonio se hacia ángel.

Estas alternativas, sin cesar repetidas, de tristezas y alegrías, habian influido en mi salud, y se acercaba la hora en que mi razon, si no mi cuerpo, debia sucumbir en estas perpétuas luchas.

Mi prima, debo confesarlo, parecia inquieta de mi estado. ¿Se daría cuenta del fin fatal que podia tener la terrible excitacion de mi cerebro? No me atrevo á creerlo. Lo cierto es que su manera de ser se modificaba cada día hacia mí, y que cuanto más me mostraba yo brusco é irritable con ella, parecia poner más dulzura y paciencia en nuestras relaciones cotidianas.

Un día el médico me habia ordenado ejercicios violentos; debiamos Regina y yo ir de caza al monte de la Selle, cuando al partir me mandó á decir por su doncella que habia desistido de la cacería, que daría un paseo por el Parque, y que me esperaba en el salon para que la diera el brazo.

Mal dispuesto aquel día, y sobre todo muy decidido á poner fin á las continuas exigencias de mi prima, le contesté, que sintiendo vivamente no tener el honor que me acompañase, iria á tirar algunas perdices ántes de comer.

Y poniendo la escopeta sobre el hombro, salí de mi cuarto y saludé al paso á la doncella con un «buenos dias, chiquita», y un golpecito en la cara que olía á Richelieu á una legua.

Orgulloso de mi hazaña, llegaba al vestibulo, y ponía los piés en los escalones, cuando una mano fina y blanca me cogió por el brazo, y una voz burlesca murmuró á mi oído:

— Es V. muy galante, primo.

Al sonido de esta voz, me paré temblando de piés á cabeza.

— ¿A dónde corre V. así, querido Federico? continuó la sirena, dirigiéndome una de aquellas miradas que me volvian loco.

— Yo... — balbuceé tratando de sonreír — ya lo vé V., prima; á tirar algunas perdices.

— Creía haberos mandado á decir que yo no salía.

El acento de mi prima al pronunciar estas palabras era tan altivo, que faltó completamente al objeto que se proponia alcanzar; como el caballo que se encabrita con la espuela, levanté la cabeza, y fijando una mirada irritada sobre Regina, le repliqué secamente.

— ¿Qué me importa, querida, que V. salga ó se quede? ¿Le he pedido nunca cuenta de sus acciones? Dejadme, pues, libre de obrar como me plazca.

Y me dispuse á volverle la espalda.

Con un gesto me hizo quedar quieto, y mientras sus bellos ojos llenos de lágrimas me miraban, su voz que la emocion hacia temblar, me decia:

— No os comprendo, Federico. ¿Qué le ha pasado? ¿Os habré herido sin saberlo?

¿Qué pasó entónces en mí? No puedo darme cuenta; pero cogiéndola por el talle la apreté bruscamente contra el pecho, y mis labios se posaron sobre su frente murmurando:

— ¡Te amo, Regina, te amo!

Dió un grito, y ántes que yo hubiese pensado hacer el menor movimiento para detenerla, se escapó hacia la casa, dejándome atontado del papel ridículo que habia hecho.

Aun no habia vuelto de mi sorpresa, cuando una voz burlesca me gritó:

— ¡Eh, eh, tunante de sobrino!

Un rayo al caer á mis piés no me hubiera causado el estupor que me hicieron experimentar aquellas palabras.

— ¡Eh! pillastre sobrino, repitió la voz.

Por un gesto maquinal levanté la cabeza y miré la ventana del gabinete de mi tío.

Estaba cerrada, y colgada por fuera la jaula en que Hardy, que era el nombre del estornino, saltaba, haciendo reflejar al sol los colores metálicos de sus plumas.

Mirando más despacio, me pareció ver detras del visillo levantado la cara del anciano, que se sonreía maliciosamente.

Avergonzado y colérico, eché á correr hacia el bosque que rodea la propiedad de una verde muralla, y aquel día las perdices y liebres se burlaron de mí.

A la hora de comer estaba en un estado de agitacion, que no sabia qué semblante poner.

¿Cuál será la actitud de mi prima, me decia al acercarme al comedor, y qué pensará el almirante de mí!

Apénas abrí la puerta, mi tío me saludó con su habitual buen humor:

— ¡Eh! ¿eres tú, tunante sobrino?

Convencido de que mi tío me habia visto, hubiera querido que la tierra me tragase; sin embargo, contenido por mi orgullo, que me prohibia dejar aparecer delante de mi prima mis emociones interiores, me esforcé en sonreír y aparecer tranquilo.

La comida fué silenciosa, pero en el momento en que me acercaba á mi tío para ayudarlo á levantar, me miró fijamente y me dijo: «Pillastre de sobrino», con una entonacion tan singular, que un desvanecimiento me hizo casi caer.

— Vamos á hacer un wist marinero, continuó sin dejar tiempo de reponerme, y mientras marchaba le oí murmurar:

— ¡Eh, el pillastre! ¡eh, el tunante de mi sobrino!

Jugué muy mal, pero mi tío estaba aquella tarde en uno de sus momentos de buen humor y se contentó con decir:

— ¡El tuno de mi sobrino, el pillito de misobrino!

Me levanté de la mesa de juego en cuanto concluimos, furioso conmigo y con los demas, y me coloqué delante de un velador lleno de libros, que me entretuve en hojear.

A las diez cogió mi tío su paraguas, que era cada noche la señal de su partida.

Llamaron á Fermin, y al poco salieron ambos del salon.

Ya en la puerta volvió la cabeza, y fijando en mí sus ojos llenos de malicia,

— Buenas noches, tunante, me dijo.

Esta broma tan inofensiva pareció encolerizarme más; la mina estaba cargada, y la menor chispa debía hacerla estallar.

A los pocos momentos, y despues de haber saludado á mi tía, me acerqué á Regina y le dije:

— Buenas noches, prima.

La joven cogió mi mano, la retuvo un momento entre las suyas, y levantando hacia mí sus hermosos ojos, medio velados por largas pestañas:

— ¿No quiere V. hacer un poco de música esta noche?

La presión de aquella dulce mano había hecho correr en mis venas un escalofrío; la mirada de la encantadora joven me había quemado; el sonido de su voz, cuyo melodioso timbre me había dulcificado más, me había acabado de trastornar y me tambaleé como un borracho.

— He recibido de París algunas piezas nuevas, continuó la sirena, acompañando sus frases con una sonrisa capaz de condenar á un ángel, y podríamos descifrarlas juntos.

Dotada de una bella voz, de que, como música consumada, sabía sacar gran partido, tocaba también el arpa maravillosamente, y rara era la noche que no hiciésemos un poco de música. Regina sabía que, después de la caza, no había distracción más agradable que aquellas cortas horas pasadas en descifrar entre los dos alguna nueva partición.

¿Cómo resistir á aquella voz cuyos acentos me trastornaban y abrían á mi alma horizontes desconocidos? ¿Cómo escapar á los flúidos magnéticos que salían de ella por todos sus poros y me penetraban aniquilando mi voluntad y sumergiéndome en una embriaguez contra la que no tenía poder para obrar?

Incapaz de resistir por más tiempo, iba á ceder otra vez y volver á caer quizás para siempre bajo su yugo, cuando mi tía le dijo:

— Federico sufre esta noche; no lo fatigues, hija mía, insistiendo más. Además, ¿no has trabajado bastante hoy con Mr. Heinen?

El encanto se rompió; al oír pronunciar el nombre del que odiaba, al saber, sobre todo, que durante mi ausencia, había estado en *tête à tête* con mi prima, salté dando un grito de furor, como tigre herido.

Regina, bien lejos de dudar lo que pasaba en mí, me decía en el mismo momento:

— ¿Me rehusará V., pues, Federico?

— Detesto la música, me críspala horriblemente los nervios, repuse secamente.

— Federico, suplicó la joven, cuyos ojos, llenos de lágrimas, se fijaron sobre mi semblante, trastornado por la rabia.

A los acentos de aquella voz que la emoción hacía temblar, hubiera podido en otra ocasión tratar por todos los medios de atenuar mi tonta brutalidad, pero entonces no era dueño de mí; cegado por la cólera, había perdido todo sentido moral y era inconsciente de mis actos.

— ¡Federico, os lo suplico! repitió mi prima tendiéndome las manos.

— ¡Miserable! exclamé acentuando la frase con un grito agudo que me despedazó el pecho.

Después, como un loco, la cabeza ardiendo y la sangre hirviendo en mis venas, me lancé fuera del salón.

La noche era hermosa, las estrellas brillaban en el firmamento y corría una brisa fresca que molestaba; pero en lugar de encerrarme en mi cuarto, donde quizás me hubiera calmado, me fui al jardín sin nada en la cabeza y con ligeros vestidos, pidiendo á la brisa refrescárame mi cabeza, que ardía.

Corrí largo tiempo, y á medida que prolongaba mi paseo, se operaba en mí una reacción, mis ideas se coordinaban, é insensiblemente y sin darme cuenta exacta, llegué á ver las cosas bajo un punto de vista diferente.

¿Cuál era en definitiva mi situación real con mi prima? ¿Cuáles eran, sobre todo, mis derechos á su amor? ¿Me había ella dejado suponer alguna vez que sería mi esposa?

Yo no ignoraba que mi tío deseaba nuestra unión, pero el anciano nos quería demasiado para tratar de influir en nuestras decisiones. Varias veces había estado á punto de confiarle mi amor por Regina; pero el temor de verme rechazado por ella me había contenido y prefería vivir lleno de dudas que me mataban.

Yo la amaba como se ama á los veinte años, con un amor profundo y durable, cuyas señales no desaparecen jamás completamente. Regina era, en toda la acepción de la palabra, una niña mimada; pero tengo la convicción que su corazón valía más que la cabeza.

Una mano firme, una voluntad enérgica, hubiesen dominado aquella naturaleza indisciplinada y llevado el buen sentido á aquella alma mal dirigida por tonterías y mimos.

¡Pobre Regina!

En aquella noche, solo, evocando su recuerdo,

la veía pasar como una visión; sus labios parecían llamar á los besos, y sus ojos expresaban los ardores de su alma.

Engañado por aquella fantasma, olvidaba mis rencores y me lanzaba tras ella con los brazos extendidos, y mis manos no encontraban sino el vacío.

— ¡Esa mujer no te ama, me gritó la voz de mi razón, ama á otro! y el nombre de Jorge Heinen se presentó en mis labios.

Entonces mi furor no tuvo límites; sin temor al frío que hacía, con mi cabellera descubierta, emprendí otra vez mi carrera sin dirección fija.

El nombre odiado del oficial acudía á mi espíritu y los proyectos más insensatos se formaban en mi imaginación. Después de dos horas de aquella carrera, me encontré, sin saber cómo, delante de la casa, y maquinalmente mi vista se dirigió á las ventanas del gabinete de mi tío y á las de la habitación de Regina. En ésta se veía brillar una luz, y al verla quedé inmóvil y acudí un mundo de ideas á mi cabeza.

Regina no se había acostado y veía pasar su sombra delante de la ventana. ¿Qué causa la tenía despierta á tal hora?

Y mi imaginación sobreexcitada formó mil locas quimeras. Presa de la alucinación que me dominaba, me parecía ver dos sombras... ¡Si fuese Jorge!

A esta idea me subió la sangre á la cabeza, se oscurecieron mis ojos y no tuve sino una idea fija: matar á los dos!

Bajo el imperio de estos pensamientos, un escalofrío heló la sangre en mis venas, un sudor frío corrió por mi frente, y todo mi cuerpo temblaba. No vacilé: yo no quería, no permitiría que aquella mujer fuese de otro, sino mía.

Cerca de donde yo estaba había un cobertizo; corrí á él, cogí un hacha cuyo mango pasé por la cintura del pantalón, y apoderándome de la escalera del jardinero, la coloqué contra la pared y subí los escalones y llegué á la ventana.

Me paré allí temblando y dudando, falto de respiración y sin atreverme á mirar dentro del cuarto.

Tuve que agarrarme con las dos manos á la escalera para no caer de espaldas.

Poco á poco, y gracias á un enérgico esfuerzo de voluntad, me tranquilicé y miré por entre las cortinas.

Al pronto me costó trabajo distinguir lo que pasaba dentro; pero al cabo mis ojos concluyeron por atravesar el velo que ocultaba los objetos, y la vi sentada junto á una mesa, con sus largos cabellos rubios que caían sobre sus hombros, cubierta con un peinador blanco. ¡Dios mío, qué bella estaba y cómo palpitaba mi corazón al mirarla!

¡Estaba escribiendo... corría la pluma sobre el papel... y delante de ella había un retrato... si fuera...!

¡Regina! yo te amo, yo... Pero no, te odio y sólo la muerte...

Cerrados los dientes por la rabia, cogí el arma que llevaba en la cintura y levanté el brazo para romper un cristal. En mi cólera calculé mal el movimiento, y mi mano dió en las persianas.

Entonces en el silencio de la noche, oigo:

— ¡Eh, eh! mi tunante sobrino, ¡eh, el pillito de mi sobrino!

Al oír aquella voz me abandonó la fuerza, un desvanecimiento me obligó á cerrar los ojos, mis manos se abren y... no me acuerdo de más.

Cuando volví en mí, mi tío y Regina estaban sentados junto á mi cama; el doctor, mirando fijamente mis facciones descompuestas, estudiaba mis menores movimientos. Al verme abrir los ojos y oír el suspiro que salió de mi pecho, dijo á media voz:

— ¡Está salvado!

— ¡Eh, eh! tunante sobrino, dijo alegremente mi tío, ¡buen susto nos has dado!

— ¿Dónde estoy? ¿qué ha pasado? balbuceé débilmente, tratando de ordenar un poco mis ideas confusas.

— Calle V., dijo el médico; más tarde, amigo mío, más tarde hablaremos.

Miré entonces á Regina, y la joven volvió la cabeza ruborizándose.

Por muy sencillo que fuese este movimiento, contenía para mí toda una revelación; me quitaba mi última y más querida ilusión. Entonces di un grito y caí en un profundo desvanecimiento.

La fuerza de mi constitución, y sobre todo la juventud, triunfó del mal, pero la convalecencia duró algunos meses. Apenas me restablecí, abandoné furtivamente la casa de mi tío y partí para un viaje, que me tuvo alejado de Francia cinco años.

Yo contaba con el tiempo y la ausencia para cicatrizar la terrible herida de mi corazón; pero vanamente he buscado el olvido; el recuerdo de Regina vive en mi pensamiento y no se borrará jamás.

Cuando volví al país, mi tío había muerto hacía tiempo, y uno de sus últimos pensamientos había sido para el ausente: me había legado la mitad de su fortuna.

— ¿Y Regina? le pregunté.

— Regina llegó á ser Mme. Heinen, y su marido murió de pena; y ella, después de haber disipado con sus locuras su fortuna, ha concluido por tener una casa de huéspedes en París.

Miller quedó un rato pensativo; después, cambiando de tono, añadió tratando de ser jovial: ¿Y el pobre estornino de mi tío, de que olvidaba hablarle? Él fué en aquella circunstancia mi salvador. Fermin olvidó aquella noche entrar su jaula en el gabinete, y asustado por el ruido que yo hacía, el estornino me lanzó aquellas frases tantas veces repetidas delante de él: «¡Eh, eh, mi tunante sobrino!» ¡El pícaro me dió un gran susto, pero lo perdoné! ¿No me evitó un crimen que hubiera llorado toda la vida?

Por esto se explica el interés que tengo por estos pájaros, y espero que V. respetará mis pobres y gratiosos amigos.

— Lo juro de corazón, dije á Federico. Y desde entonces he cumplido religiosamente aquel juramento y pienso guardarlo mientras viva.

EL INVIERNO.

(EN EL CAMPO.)

Tres días seguidos ha estado bajando el termómetro. Aquella gotita de mercurio que, encerrada en su prisión capilar de vidrio, sabe más que todos los que andan libres por el agua, el aire y la tierra de las cosas del frío, sigue descendiendo á grandes saltos, que prestan al instrumento físico extraña semejanza con la vena de un calenturiento, dentro de la cual bulle y brinca la sangre. El río, que se deslizaba mansamente por toda la campiña, se detiene un momento como para descansar. ¡Torpeza insigne! Eso quería el invierno, que así que le ha visto pararse en su carrera ¿qué ha hecho? Ha ido y le ha trocado de líquido en sólido; le ha congelado. ¡Pececillos, sabogas, ranas, sapos cantores, culebras de Esculapio, idos al fondo del cauce, buscad las hendiduras de las peñas y guareceos allí, hasta que el sol ponga coto á estas genialidades del invierno, y os liberte de ese encierro de cristal en que vivís ahora!

¡No va á ser disgusto el que sufran los ánades cuando lleguen jadeantes, desde tan lejos, en busca de sus ríos de invierno, y se hallen con esta gran partida serrana que les ha jugado el frío!... Pero ¿qué es eso? ¿No suena un gran ruido en el aire? Sí; es que ya vienen. Miradlos. Con su cuello extendido, sus gruesas alas en tensión, metiendo mucha baraunda, graznando, se acercan en inmensa falange, que forma en el límite del horizonte línea oscura. La vista se cansa de mirarlos; la memoria trabaja inútilmente buscando algún ejército célebre á que compararlos por su número. El de Xerjes fuera una mala compañía de reclutas junto á este ejército de ánades, que nos trae las últimas noticias de la expedición hecha al Polo por los ingleses. Estos palmípedos que sienten en su cerebro todo el genio de Colón, échanse sedientos en el agua; pero antes de que hayan logrado romper el hielo con la plumosa pechuga, ¡horrible desgracia! suenan aquí y allá tronidos de escopetas. ¡Pum, pum, pum!... Los resplandores de los disparos alumbran un momento la oscuridad crepuscular, pues ya va anocheciendo, y á su fulgor incierto vese

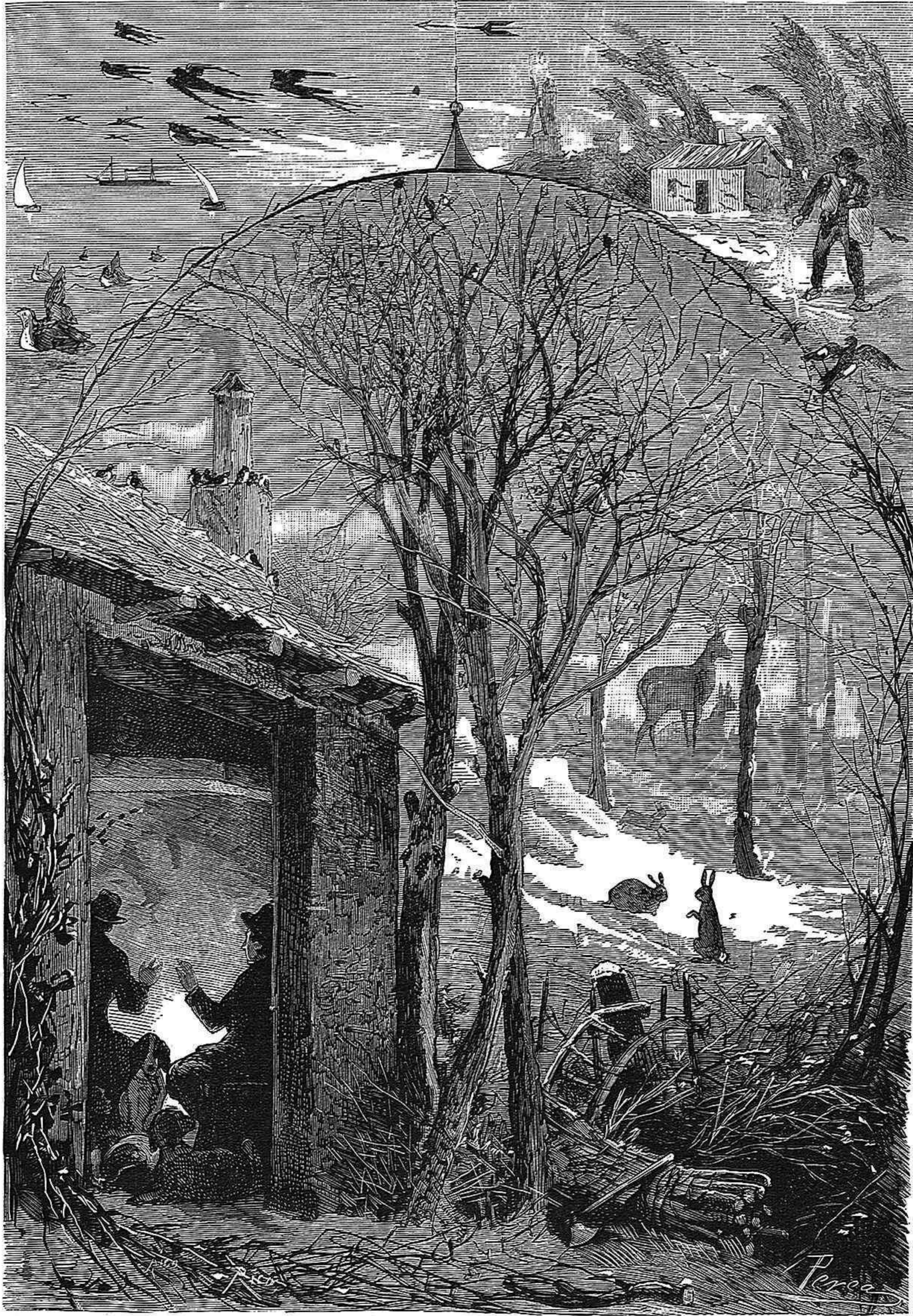
caer acaso, *comme corpo morto cade*, el de algunos de estos patos emigradores que rebota duramente en el suelo; y poco despues el *pointer*, amaestrado en tal caza, viene á cobrar la pieza que áun aletea. ¡Buen viaje habeis hecho, pobres sucesores de Jaime Ross, el explorador de las regiones árticas! ¡Llegar, ver y morir! Hé aquí el destino de los débiles, como fué siempre el de los poderosos ¡llegar, ver y vencer!

Y sigue anocheciendo. Se acaban los tiros, y en la cercana carretera oýese el ruido alegre de mu-

chas campanillas, restañidos de una fusta, trotar de caballos y rodar de carruajes. Es una lujosa berlina de campo, que arrastrada por cuatro poderosos jacas de sangre española y bearnesa, lleva al próximo *château* á algunos cazadores aristocráticos. Sobre el pescante podréis distinguir el trofeo de la cacería. Allí se descubre un monton de plumas húmedas de agua y sangre. ¡Cincuenta ánades, cincuenta! Aquellos ilustres señores, que fuman dentro del coche, llevarán que contar para muchos dias con su afortunado escopeteo, y regresan al

hospitalario techo de la elegante casa campesina, saboreando de antemano las viandas que les tiene preparadas un cocinero tan sabio en esto de adular el estómago como Brillat Savarin, el autor de la *Fisiología del gusto*.

Sobre la mesa del comedor, cuyas paredes adornan retratos de severos personajes del siglo de oro de nuestras armas, antepasados del dueño del suntuoso castillo, descúbrense baterías de empolvadas botellas; disfrazan unas modestamente su régia estirpe jerezana bajo amarillos dominós de



EL INVIERNO.

paja; otras dicen á todo el mundo, en un cartelón que traen pegado en la oronda panza, que son hijas del *Château-Margaux*, cepa insigne de Burdeos; las otras de cuello largo, éticas, espirituales, encierran todo el gracejo frances en las burbujas de un litro de Champagne. ¡Bien, alegres señoras! ¡Sed bien llegadas, y dejadnos probar que descendéis de las célebres familias con cuya tarjeta os habeis presentado, que tienen por árbol genealógico un majuelo cargado de doradas uvas.

Á la mañana siguiente, cuando el sol aparece, veréis salir del castillo una numerosa cabalgata. Potrancos ingleses, de largo cuello y enjuta cola, trotarán mano á mano (casco á casco debe de ser) con briosos caballos de Córdoba, precedidos de jaurías de galgos, que han de poner en movimien-

to todas las liebres de la comarca. Escucharéis bien pronto el vocerío de los que animan á los perros en su correr aligero, y distinguiréis tal vez destacarse, sobre el pardo color uniforme del monte, una figura pequeña, alargada, que huye de las caricias de la jauría. Es la liebre á quien han sorprendido poco ménos que en la cama. A esta durmiente de los diablos le sucede lo que á todos los holgazanes: la pereza es causa única de sus desdichas.

Tambien los pobres podrán salir de caza en estos meses; que el campo es un señor tan liberal, que jamas ha dicho que no á nadie. Si nieva, la liebre va dejando las huellas de su paso en la péfida alfombra; y siguiéndolas, no será mucho que se llegue á dar con el herbívoro durmiendo á pier-

na suelta. Pastor mísero hay que con su habilidad y su garrote mata más liebres él sólo que diez galgos juntos.

Los estudiantes que han ido á sus pueblos á pasar la Noche-Buena cargan sus escopetas de pistón con mostacilla, y van á los sembrados de sus padres á esperar las alondras. Los más avezados á la caza llevarán consigo ese engañoso aparato que atrae con sus reflejos á las inocentes aves, y podrán escogerlas como peras. En bandadas numerosas vienen las pobres, y apenas alzan el vuelo, cuando suena el tiro y caen en tierra á docenas, como si una mano inmensa é invisible las escamotease del mismo aire; las que salven su vida se marchan entristecidas cantando. —*No-te-fies.* —*No-te-fies.*

Ignorante del trágico fin del ánade, viene su prima la *becacina*, á quien por mal nombre llaman algunos *polla ciega*, que ni las más respetables señoras se pueden librar de las burlas de los maldicientes. Con su pico largo y sus alas torpes, sale rasando la tierra en irregular vuelo, y parece desafiar á su enemigo incitándole á perseguirla por los pantanos en que habita. Pero no hagais tal; descerrajadla un tiro cuanto ántes, que esas humedades son muy sanas para las palmípedas y zancudas, y muy dañinas para los hombres. No os seduzca aquel fingido cansancio de sus alas, y exclamad al verla surgir delante de vuestra escopeta:

— ¡Becacina, tienes el nombre de mujer!

¡Y haced fuego en ella!

Un clamoreo de amor y desafío suena en la ladera: la voz robusta de un macho de perdiz que, detras de sus alambres, echa flores á las perdices del campo y reta á sus esposos. Estos bravos de jaula llevan el deshonor y el llanto á muchas familias bien avenidas de perdices; pero está dispuesto que obedezcan á sus amos, y ya que éstos se dieron el madrugon por coger un par de los sabrosos gallináceos, y pasaron un frio atroz escondidos en el puesto, no sería justo que tornasen al pueblo con las manos vacías de caza y llenas de sabañones.

No puedo mirar á uno de estos enjaulados Tenorios, cuando cantan ahuecando la voz, estirando el cuello para parecer más altos, moviéndose de derecha á izquierda con contoneo orgulloso y esponjando las plumas, sin acordarme de esos matones que en las piezas de *andaluz* de Torroba hacen el gasto. Mucho insulto, mucha palabrota, mucha mirada furibunda y nada de valor real, ninguna pujanza en el ánimo. El muy tuno del *micho* llénase de ufania cuando ve por el suelo á sus enemigos, y salta de júbilo al oír el disparo que le libra de rivales.

¿Qué es aquello que se ve en medio del sembrado? Parece un fantasma, un muñeco; es un monton de guñapos puestos á la punta de un palo, y sirve para espantar á los gorriones, que se han propuesto vivir sobre el pais, llenando el buche con el trigo que desparrama aquel zagalon que va detras de los bueyes que arrastran la reja del arado. Estos gorriones andan de aquí para allí piando y robando, y puede decirse de ellos que son los pilluelos de la familia alada. Gana da de perdonarles sus depredaciones por la gracia con que las llevan á cabo.

Como el día es corto en esta época del año, es tambien corta la labor del campesino. Da los últimos azadonazos en el pejugal donde pasa la vida, como otra planta más de las que en aquellos términos prosperan y vuelve al hogar, más grato que nunca ahora. Las noches no vienen mansamente, como en el estío, á adormecernos entre sus dos brazos, que son, uno el amor y otro el misterio; vienen dispuestos á matar, á helar, á dejar en los seres todos rastro de su paso. Si cogen en despoblado á un caminante, pórtanse con él peor que una partida de ladrones; agarrotan sus miembros con las cuerdas inquebrantables de la muerte, ponen un nudo en su garganta para que no pueda pedir auxilio, y cuando vuelve el sol, hállase en medio del campo con un cadáver rígido, tieso, convertido en pedazo de dura piedra. Por esto, aprietan el paso los labriegos en cuanto sale la luna.

¡Salve, astro de los amantes! ¡Siempre llegas cuando el sol se marchó! ¿Es que huyes de sus brazos ó es que él huye de los tuyos? Los astrónomos lo ignoran. Los poetas andan discordes en asunto de tanta monta.

(EN LA COCINA.)

Ayer murió. ¡Séanle ligeros nuestros estómagos! ¿Sabéis de quién hablo? De ese pobre sér que pasa la vida gruñendo, emblema de la torpeza y de la glotonería, cuya muerte se celebra como fausto acontecimiento. En su testamento, espléndido cual el de un magnate de Oriente, nos instituyó herederos universales de su fortuna, que la llevaba toda encima, á la manera de esos señores de baja estofa, que traen en el pecho por cadena una amarra de calabrote, y por sortija en el dedo meñique la hijuela de todos sus descendientes.

Andan las manos de cien mujeres moviéndose

como máquinas incansables para dividir y adobar las diversas partes del sustancioso animal; ponen aquí la cabeza, que con ojos tristes nos mira, y le sacan la lengua cruelmente, para salpimentarla con cantidad de especias, y pican las entrañas y lavan las tripas, rellenándolas despues de gustosa mezcla. Ya trepan las morcillas á hacer compañía á las uvas de cuelga en lo alto de la chimenea; ya se enroscan sobre sí mismos los chorizos como una culebra; ya el tocino, comparable á la nieve en lo blanco y en la facilidad con que se derrite, ábrese en hojas, en que los ojos más ignorantes pueden leer esta palabra: *abundancia*; ya, en fin, las manos y patas, atadas en manojo, son socarradas al humo del romero por relapsas y herejes que hacen pecar contra el ayuno.

Para solemnizar el fallecimiento del Rey de los corrales castellanos, traen vino del nuevo, que sale silbando de la espita, y hace ojos azules en el embudo que lo va encerrando en las botellas. Tambien la bota saca su vientre de mal año, y llenándose del mosto, parece reirse de la *filoxera* y de los sabios que la combaten.

La miel acude con sus blandos terrones, y la variedad de frutas de sartén que hace brincar de gozo el aceite en que se frien, déjase colocar en bandejas para que todos prueben su dulzura y estimen su alto aroma. Los manzanos se apedrean, arrojándose unos á otros la amarilla y picara fruta de que hicieron funesta recolección Adán y Eva, y las ciruelas y melocotones conservados en almíbar son librados de la cárcel de barro, en que los colocaron dedos monjiles, para hablarnos de una eterna primavera. Nadando á todo nadar, se aproxima á la cazuela el señor besugo; duda un momento en arrojarse dentro de ella; pero al fin ¡zas! échase de cabeza entre las hojas de laurel y las rodajas de limon que parecen oro. ¡Famoso suicidio! Esto es lo que se llama un sujeto heroico.

¿Queréis saber qué suceso se conmemora en las cocinas con tan estupenda hartazgo? Pues mirad el Calendario y veréis que estamos á 24 de Diciembre.

(EN EL JARDIN.)

¡Qué desolacion! ¡Qué desgracia! ¡Oh, pobrecitas flores! ¿Qué os ha sucedido? La rosa pálida del invierno es la única que sobrevivió á la horrenda helada, y asoma su carita temerosa entre el fúnebre ramaje de los cipreses. Pensamientos, lirios, campanulas, madreselvas, petunias, carraspiques.... caterva pintoresca de alumnos de Flora ¡todos habeis muerto! ¡La escarcha se llevó vuestro aroma, que es como vuestra alma!

Aquel dios Apolo de mármol que arroja el agua en el pilon de la fuente, llora lágrimas de cristal que quedaron suspendidas de sus ojos. ¡Digno llanto de un dios de Propileos!

Pero no es todo penuria en el jardin. La industria humana supo crear un artificial estío que hace inútiles todos los hielos de Diciembre y todos los vendavales desatados de Marzo.

Es una bonita habitacion de cristales, llena de ventanas para que el sol entre á saludar á sus súbditos del reino vegetal. Allí dentro el aire está cargado de emanaciones de tocador. Diríase que ha andado por allí una lindísima dama, dejando con el tacto de su mano, y con el aliento de su boca, estela de aroma en todas partes. Ejércitos de tiestecillos del tamaño de dedales andan por el suelo y ocupan las paredes, en estanterías como de tienda de herbolario; cajas del tamaño de tambores contienen exóticos helechos que saludan al visitante con sus abanicos movibles, palmeras traídas de Elche y pinos marítimos de los Alpes. El invierno no pasa por aquí. ¡Fuera, huésped inoportuno, aquí no puedes entrar!

Hay señoritas encantadoras y delicadas, cuyas mejillas tienen la suavidad y el color de la camelia, que vienen aquí á soñar que Enero es Mayo; dulce sueño, equivocacion deleitosa, al salir de la cual suele pescarse un catarro.

Hay tambien allí un jardinero que habla frances, y que, armado de sus tijeras, poda aquella artificial vegetacion, dándola asimismo forma artificial.

Todo esto hay en aquel edificio de cristales, dentro del cual puede estudiarse la ciencia de los as-

tros á esas horas en que por la atmósfera fria y despejada difunde la mano de la noche una polvareda de soles.

En la estacion en que nos encontramos observábase en las cosas de la naturaleza cierta fisonomía muda, torva y severa. La tierra reconcentrada en sí misma, como un pensador que se abstrae en su gabinete para resolver complicados problemas, trabaja en la modificacion de los jugos vitales, que luego, en la primavera, correrán por los troncos de los árboles, asomando en las nuevas hojas, y palpitarán en las semillas, haciéndoles echar al mundo sus tallos lozanos y verdes.

¡Eterna renovacion de la vida que empieza y acaba en el mismo punto, y que sabiamente representaba el simbolismo egipcio en una serpiente mordiéndose la cola!

J. ORTEGA MUNILLA.

12 de Diciembre de 1878.

HISTORIA NATURAL EN ACCION.

LAS ABEJAS.

(Continuacion.)

El naturalista Daubenton ha hecho en una colmena de cristal un experimento muy curioso; pero se ha contentado con indicar su resultado, sin entrar en el drama y los detalles. El mismo ensayo vi hacer en la *villeta* del Marqués di Negro en Génova, y no creo que la Zoología produzca un hecho más curioso. Sólo debo decir que el drama de la *villeta* es más complicado en su ejecucion que el del Jardin de las Plantas en París. Las abejas italianas, alimentadas con los jugos poderosos del valle de Lebrino y los perfumes del golfo en Liguria, debían sobrepasar en inteligencia á las abejas de la calle de Mouffetard.

La ley solar del clima que se aplica á Virgilio, Rafael y Rossini, tiene tambien su accion descendiendo la escala, sobre todos los seres de la creacion, en la península de las flores, de los limoneros y del sol. Así, pues, los que quieran hacer la misma prueba deberán apreciar su marcha y resultado segun el grado de latitud. Obtendrán acaso mejor resultado que el Marqués di Negro, ó ménos completo que Daubenton, pero al fin alcanzarán siempre un resultado.

En un kiosco aislado, dominando el golfo y la ciudad de Génova, fué colocada una colmena de cristal sobre una mesa. La parte superior de la colmena, que era convexa, tenia muchos agujeritos casi imperceptibles. En el centro de la mesa habian hecho una trampa pequeña, que correspondia al centro de la colmena; y colocaron circularmente, apoyándolas contra las paredes interiores, ramas de tomillo con flor. Un jardinero, que vivia en intimidad con las abejas de la *villeta*, introdujo hábilmente un enjambre en la colmena de cristal. Instaladas ya éstas inquilinas en su nueva habitacion, en cuanto amaneció el día siguiente tomamos todos posicion de observadores detras de unos agujeros hechos en la pared ménos alumbrada del kiosco. El puesto era favorable, porque veíamos sin ser vistos.

Al primer rayo de luz, las abejas expresaron su sorpresa por medio de una inmovilidad que se parecia á la prolongacion del sueño; todos los animales inteligentes se mantienen en guardia más ó ménos tiempo despues de un cambio repentino de domicilio. Las más atrevidas del enjambre se decidieron al fin á hacer el exámen de su nueva casa, tomando las más minuciosas precauciones en esta investigacion de lo desconocido. El informe que dieron á sus hermanas fué probablemente muy favorable, puesto que al punto se pasearon y revolotearon todas con alegre seguridad.

Hacia la mitad del día reinaba cierta anarquía en la colmena, y amenazaba comprometer el orden público, asemejándose tal estado de cosas á una de esas repúblicas efímeras, donde todo el mundo otorga el mando á todo el mundo bajo la condicion de que nadie obedezca. Jamás hemos podido saber si el sufragio universal funcionó en aquella ocasion; más para todos nosotros fué evidente que acababa de ser elegida una reina, la cual recibía los homenajes de sus súbditos. Desde aquel momento el trabajo, esta imperiosa necesidad de las abejas, comenzó en el pequeño reino de cristal; verdad es que hubo algunas viudas experimentadas que deplorando la ausencia de las condiciones más indispensables á la vida de las abejas, protestaron contra el aturdimiento de las jóvenes; pero este cisma no duró, pues una señal de la reina sofocó en su gérmen aquella oposicion de una minoría facciosa, y todas ya de comun acuerdo dieron muestras de obedecer á este pensamiento filosófico: «Vivamos hoy, mañana no existe.»

Los efímeros, esos insectos del rio Hypanis, no viven más que un día, como lo indica su nombre, y pasan alegremente la existencia jugando y loqueando sobre las flores, y nosotros, mortales racionales, ¿no somos tambien efímeros para los habitantes de Saturno, Júpiter y Urano, y de otros mundos desconocidos ó invisibles que emplean treinta años en hacer su revolucion al rededor del Sol?

Al concluir este primer día las inquilinas de la colmena de cristal se hallaban no sólo resignadas, sino satisfechas, habian vuelto á sus hábitos; los zumbidos anunciaban la alegría y la quietud, y la reina, radiante de orgullo maternal, se paseaba por entre las filas de abejas y parecia prometer á todas un largo porvenir lleno de felicidad.

El hombre velaba; el hombre, ese tirano de los animales, que se queja cuando es devorado por un tigre, y ¡sin embargo, habria yo devorado á todos los tigres del mundo, si los fondistas acostumbráran á asar chuletas de ellos!



A media noche la trampa de que he hablado se abrió, y una mano páfida y humana introdujo un enorme caracol en la colmena: en seguida volvió á cerrarse la trampa.

Cuando el primer rayo de luz caiga sobre la colmena, va á comenzar el drama, y á tomar proporciones de interés que ninguna obra maestra de Shakspeare ha tenido jamás en Covent-Garden.

Un zumbido lamentable, como el *Qual mesto gemito* de Semiramis, resonó dentro de la colmena de cristal y reveló una sorpresa extraordinaria. Las abejas, colocadas circularmente como en las gradas de un anfiteatro, miraban al monstruo *armado de cuernos amenazadores*, y todas las alas temblaban sobre los talles, como las túnicas sobre el seno de las trágicas, cuando en el quinto acto se entona una plegaria ó brilla un puñal.

El monstruo por su parte estaba poseído de gran terror, y no se atrevía á arrastrarse para hacerse el muerto en presencia de tantos enemigos formidables. Todos los animales tienen, por tradición de instinto, exacto conocimiento de sus enemigos naturales, desde el rinoceronte, que tiembla al encontrarse con un elefante por primera vez, hasta el gato, que enarca el lomo y se espeluzna y ejecuta un diapason agudo ante el primer perro que distingue. Introducido, pues, en aquella colmena un lagarto ó un abejaruco, habrían causado un espanto que ninguna reflexión hubiera podido disminuir ó calmar. En presencia de un caracol debía suceder otra cosa, porque el instinto de la abeja no reconocía un enemigo natural en aquel animal. Así es que pronto sucedió al terror la admiración, y todas se aprestaron á la defensa, porque, al fin, ¿qué venía á hacer en aquella colmena tan horrible monstruo? ¿Cómo había penetrado en ella? ¿Cuáles eran sus intenciones? De seguro que no venía como amigo; su invasión nocturna anunciaba proyectos culpables; un amigo de las abejas se habría presentado á la luz del día con la cabeza erguida, sin cuernos y sin coraza. Era, pues, necesario obrar según las tradiciones de las razas guerreras, reflexionar con calma y defender con valor el terreno invadido.

Tales fueron sin duda las reflexiones que agitaron en tan solemne instante á aquel pueblo. ¿Quién no adivina los pensamientos de los animales inteligentes cuando llegan á la acción?

Entre los hombres está admitido que en los momentos de peligro suba un general á una colina y lance sus soldados al llano siguiéndolos con un anteojo. Las abejas no conocen estos usos, que por otra parte hacen muy buen efecto en los cuadros de batallas. Las abejas hacen precisamente lo contrario, como en aquella ocasión pudimos todos observar. La heroica soberana de aquel reino de cristal se sacrificó por la salvación de su pueblo, como Codro, el rey de Atenas, que inmortalizó Virgilio, pensando en las abejas, *habes laudes Codri*. Abandonó el ramo de tomillo que le servía de trono, remontó su vuelo, y pasó rasando la bóveda de la colmena, y después de haberse cernido sobre el monstruo se lanzó de repente sobre su coraza, como hace una paloma de la India sobre el lomo de un elefante. El ejército aplaudió con un zumbido armonioso y permaneció sobre la colina.

El monstruo no se movió, y aún parecía no sospechar siquiera que una reina formidable se paseaba sobre sus espaldas.

La Antiope alada había concebido muy bien su plan de ataque; nada aventuraba y tenía completa fe en el éxito. Entre tanto nosotros estábamos con tamaños ojos abiertos, mirando aquella escena con la misma avidez que si se tratase de una lidia de toros en un circo español. Silencio profundo reinaba dentro de la colmena de cristal.

La reina aguzó su dardo con su trompa, lo que me hizo pensar en Virgilio: *spiculaque exacuunt rostris*, y avanzando con precaución picó vivamente entre los dos cuernos la cabeza del caracol. La herida no podía ser profunda; pero los cuernos y la cabeza desaparecieron al punto quedando sólo la concha. Oyóse un zumbido de victoria; pero la reina, dotada de una sagacidad milagrosa, no tuvo aún por concluida su obra; había picado una piel dura, y comprendía que se necesitaba más de un saetazo para matar un monstruo tan coriáceo. Así es que aguzó de nuevo su arma embotada para disponerse á dar otra lanzada, cuando el monstruo experimentase la necesidad de respirar.

El cálculo era ingenioso y bueno. So pena de ahogarse y sepultarse á sí mismo en su tumba portátil, el caracol se aventuró á sacar primeramente un cuerno, luego dos, después la cabeza, que tuvo que retirar con nueva precipitación al segundo saetazo disparado más vigorosamente que el primero.

Nadie entre los espectadores comprendió entonces el cambio de pensamientos ó de lenguaje que hubo entre la reina y su pueblo; pero hé aquí la conjetura probable, que obtuvo el asentimiento general. La reina había empleado tanto ardor en aquella segunda estocada, que había dejado inservible su dardo, haciendo imposible el tercer asalto. Inmediatamente se destacó una abeja y vino á reemplazar con su arma nueva á la reina en la trinchera del sitio. Entonces vimos comenzar otra vez la misma operación de ataque con los mismos incidentes. Era una lección de esgrima que una maestra había enseñado á hábiles discípulas; y las más jóvenes y diestras vinieron sucesivamente á entregarse al mismo ejercicio; pero sin confusión, con un orden admirable, como si de autemano hubiesen tomado números de inscripción ó contestasen á un llamamiento nominal. Luego que una abeja daba sus dos saetazos, levantaba el vuelo y volvía á las filas sobre las ramas de tomillo. Sólo quedaba la reina en el puesto de peligro para animar á las débiles con su presencia.

En esta larga lucha el estúpido caracol había recibido de las abejas tan fuerte contingente de efluvios eléctricos, que hizo un progreso casi imposible en su especie; conoció la cólera, el valor y la desesperación, y cambió su naturaleza. Avergonzado de dejarse matar en detalle y sufrir aquel martirio de alfilerazos, por la necesidad intermitente de respiración, aceptó francamente el combate, salió de su tienda como Aquiles y expuso las dos terceras partes de su

cuerpo á los golpes de los enemigos, renunciando á sus movimientos de retirada.

Al ver esta nueva táctica, la reina lanzó un grito, se precipitó sobre el monstruo, y todo el ejército ejecutó una carga en remolino como una sola abeja. Treinta ensayos lo ménos necesitarían los comparsas del Circo para hacer una maniobra semejante con tanta precisión lineal. Aquellas humildes moscas aprendieron al primer golpe tan victoriosa evolución. El ejército describía una elipse perfecta, cuyo centro era el caracol. Ninguna falta de compas rompía en un solo punto la rectitud de aquella figura geométrica. Cada abeja esgrimía su aguijón al pasar, y volvía á tomar su número de orden con la ágil destreza de un clown. Un zumbido general y de un tono agudo y encarnizado sobre el mismo diapason, acompañaba á la maniobra sin el menor desafinamiento; hubiérase dicho que un hábil maestro de colmena había compuesto para los peligros supremos aquella *Marsellesa* de las abejas.

El pobre caracol, aturdido con aquel estrépito, ciego con aquel nublado de abejas y herido por mil picaduras, no pensó siquiera en envolverse en su manto, como César; dejó caer sus cuernos, como un pescador deja caer sus remos ante un naufragio inevitable, y sucumbió á los últimos golpes disparados por la reina y su estado mayor.

Creíamos que aquí concluiría todo, como en las tragedias, con la muerte del héroe. Los hombres son niños al lado de las abejas. Se nos preparaba un desenlace más curioso que el drama, y que debía dar por completo la razón al infalible poeta de las abejas: *esse apibus partem divinae mentis*. Sí, Virgilio decía la verdad; un rayo del Altísimo ilumina á los nobles insectos de la miel. ¿Por qué ese divino poeta no habrá consagrado á las abejas las anécdotas de los detalles, ya que tan perfectamente las conocía? ¿Por qué su canto maravilloso no ha descendido jamás á la charla lugareña, ya que asistía á las veladas de los campesinos de Mántua y de Tibur? En fin, contentémonos con lo que nos ha dado; jamás el punzon antiguo y la pluma moderna han escrito nada más bello.

Si hubieran podido fabricar colmenas de cristal en Roma, me decía el Marqués di Negro, hubiera descubierto Virgilio lo que nosotros vemos.—Y tal vez no hubiéramos tenido el episodio de Aristeo, le dije yo, y prefiero Orfeo al caracol.

Mientras hablábamos de éstas cosas en la *villeta*, las abejas platicaban entre sí más seriamente que nosotros. La alegría del triunfo fué corta en la colmena de cristal; profunda consternación y silencio sepulcral sucedieron al ruido de la victoria. Estaban indecisas, taciturnas, inquietas, no sabiendo qué partido tomar y justificando de este modo el verso del poeta: *clausis cunctantur in edibus*.

—Parece que no ha concluido la pieza, dijo el Marqués di Negro; volvamos al palco.

Y cada uno volvió á tomar su puesto de observación. Al cabo de una hora de conjeturas, lo comprendimos todo; pero nuestra inteligencia no nos sirvió de nada para hallar la solución de aquel enigma; preciso fué que viéramos un principio de ejecución en el acto final.

Las abejas, esas amas de las flores y de los perfumes, tienen una delicadeza de olfato excesiva; temen las exhalaciones fétidas, se alejan de los osarios frecuentados por las aves de rapiña, y cuidan de llevar ellas mismas muy lejos de las colmenas á las abejas muertas, según observa Virgilio:

*Corpora luce carentum
Esportant tectis.*

En fin, tienen toda la delicadeza refinada, toda la sensibilidad exquisita y todas las repugnancias nerviosas de las más remilgadas damas de nuestra aristocracia. Ahora comprenderéis el súbito terror que se apoderó de nuestras abejas victoriosas, cuando vieron el cadáver del monstruo tendido en medio de la colmena y haciendo temer la invasión de la peste, después de una putrefacción próxima, en el mes de Junio. Este lance era para hacer arrepentirse del triunfo. Todos los esfuerzos de las abejas reunidas no hubieran podido levantar aquella gran mole, y suponiendo que por un procedimiento de tiro hubiera sido posible transportar aquel cadáver adherido á su concha, ¿dónde se hallaba la salida en una colmena sin puertas? Todas las miradas se fijaban en la reina, y la reina meditaba.

Mucho se elogia á los ilustres inventores de los expedientes espontáneos, á los hombres que crean un procedimiento salvador en las crisis invencibles; Anibal, que se abraza á los cuernos de los toros; Cayo Duilio, que arma de espolones á sus trirremes; Scipion que hace atacar la falange de Zama por la caballería de Lelio; Richelieu, que apunta el cañon sobre la columna de Fontenoy, y Napoleon que rompe el hielo de un lago con su artillería de Austerlitz; pero todos éstos procedimientos debidos á una cabeza de genio no equivalen á la acción de la abeja, que obligada á ponerse en viaje con una brisa muy fuerte, agarra una piedrecita con sus patas á fin de llevar lastre y luchar contra el viento. Y aún esta ingeniosa invención vale ménos que el descubrimiento hecho en una colmena manchada por el cadáver de un caracol.

La reina, como siempre, dió el ejemplo, dominó heroicamente su repugnancia, y colocándose sobre el cadáver del monstruo, destiló algunas gotas de esa liga pegajosa de que habla Virgilio: *collectum gluten* y que sirve para cerrar las hendiduras de las colmenas. Este glúten dió lugar á la invención del cemento romano en el siglo de las Geórgicas. Todo el pueblo fué puesto á contribución para proporcionar el mismo contingente, y no hubo ni una recalcitrante entre todas las abejas. El impuesto del glúten fué pagado con un suplemento de cera votado con entusiasmo, en términos que al terminar el día la suma total cubría el cadáver y su concha; pero como las abejas son artistas, no quisieron dejar una masa informe de cemento en media de la colmena; habrían ofendido á la vista tan tosca fabricación y aquel sarcófago sin reglas. La misma reina puso manos á la obra, y con el auxilio de las mejores artistas, dió al sepulcro del caracol una forma elegante y

simétrica que se asemejaba mucho al tipo egipcio piramidal.

Concluída la obra todo el pueblo se entregó locamente á la alegría, porque la victoria era completa y no dejaba para el día siguiente ni cuidados ni remordimientos. Las abejas se hubieran entregado en seguida al trabajo; pero la reina autorizó las diversiones hasta ponerse el sol, y aún se dignó mezclarse á la pública alegría como un simple particular. Cuando llegó la noche cesaron los zumbidos y el silencio del sueño reinó en la colmena de cristal. ¿Hubo sueños de oro? La respuesta afirmativa tiene grandes probabilidades de ser una verdad.

Después de estas dos maravillosas jornadas, bien merecía una recompensa aquel noble enjambre, y el Marqués di Negro, poeta como todos los italianos, saltaba de gozo como un niño al dar á aquellas abejas en patrimonio hereditario el terreno que, según Virgilio, goza de todas las condiciones favorables á esas amantes de las flores, de los perfumes, de la sombra y de las aguas.

Les preparó colmenas hechas de mimbres flexibles, *vimine lento*; las colocó en un rincón del jardín donde no penetra jamás el mal olor de los pantanos, *odor canigravis*, ni llega el eco de los valles. Las abejas detestan los ecos, y no tienen razón, porque son los papayayos de las montañas. Todos los tejos de las inmediaciones fueron cortados; las abejas detestan los tejos, y tienen razón, porque el tejo es el árbol del frío, *frigoris taxi*. Se prohibió á los campesinos de los contornos cocer cangrejos; las abejas tienen horror á los cangrejos cocidos, *rubentes foco coneros*, y dan en lo cierto; ¡son objetos tan horribles, con tantas patas! Tampoco gustaban á Virgilio. En fin, dispuesto y arreglado todo de ésta suerte para la mayor felicidad de la nueva colonia, trasladó el jardinero la colmena de cristal al terreno señalado, la volcó suavemente ántes de los primeros albores del día y se retiró sin hacer ruido.

Cuando el sol iluminó aquel espléndido paisaje de la ciudad, de los jardines, de las montañas y del golfo de Génova, las abejas, revoloteando por el aire libre, prorumpieron en un zumbido de alegría y agradecimiento, cuyo tema musical recordaba el *celestes manplacata* de Moisés, el himno más tierno y conmovedor que la gratitud de la tierra ha enviado al cielo.

—¡Vivid dichosos! les dijo el Marqués di Negro. Preciso era también tomar el *vivite felice* como último adiós del inmortal poeta que ha cantado las abejas en la lengua de los querubines.

EL C. DE F.

LA EQUITACION UNIVERSAL.

Ahora que tanto se habla y escribe de los caballos de carrera, del *hunter irlandés*, *Steeple-chaser*, su *entrainement*, del especial para ir al *rendez-vous de chasse*; *stud grooms*, y bocados que les ponen los extranjeros para garantir la seguridad del jinete, no parecerá extraño que insistamos un día y otro día, en nuestro tema favorito; en la tesis que venimos sustentando, y varias veces, bajo distintos aspectos, ha sido objeto de nuestras discusiones; porque, si bien es cierto que el espíritu del siglo quiere penetrar en la Península, no lo es ménos que las añejas preocupaciones y la rutina le oponen una porfiada y teuz resistencia.

Sabido es que el hombre aspira á la satisfacción de sus necesidades y placeres; para lograrlo, se afana y desvela: sería el bello ideal ver cumplidos sus deseos á poca costa y sin gran esfuerzo; pero aislado vale poco, mucho ménos si su actividad, por grande que sea, se emplea en un desarrollo artificial que se consume estérilmente. El signo característico de la cultura es el aumento multiplicado de las relaciones sociales, siguiendo siempre la marcha con planta segura, pues de otro modo será más dañosa que útil. La palabra que todo lo explica, la que compendia cuanto acabamos de exponer, es «cooperación»; es decir, que todos sin ponerse de acuerdo, sin un contrato previo otorgado ante el depositario de la fe pública, estudien y trabajen recíprocamente unos para otros, aunque cada uno de ellos piense sólo en sí mismo, creando maravillas, que es lo que sucede, donde hay acervo común, acrecentar el bienestar general, no á expensas, sino á beneficio de cuantos con su trabajo la promueven.

¿Queréis saber qué pueblo raya más alto en la escala de la civilización? Observad los progresos que en cada comarca se van creando, y el incremento del espíritu de mejora será mejor, el único criterio para formar juicio; vamos á demostrarlo.

Publicado el último artículo acerca de la Cineciología ecuestre ó equitación nacional de Mr. Emilio Debost (1), llegó á nuestras manos, debido á la cortesía del mismo autor, un ejemplar del nuevo estudio del caballo, titulado: *Traité complet d'équitation rationnelle, et dressage du cheval*, cuyas obras han sido premiadas por el Jurado de la Exposición internacional en París de este año, con *Mention honorable*, justo tributo al talento del gran maestro, que ha sabido cimentar la difícil ciencia de la Equitación, haciéndola universal, al alcance de todas las inteligencias, conforme á la ley natural del bruto.

No cabe en los estrechos límites de que podemos disponer un juicio extenso de la obra, pero el pensamiento que predomina en ella es estudiar al caballo en sus relaciones anatómicas, fisiológicas y moral; penetrado de estos conocimientos, buscar la identificación de las dos voluntades entre jinete y caballo como medios de alcanzarla, la paciencia y la dulzura apoyadas en una firme voluntad: estudio concienzudo, base firmísima, llamémosle así, de su método conforme á la naturaleza del caballo, lo que quiere decir el exámen de la fisiología animal en sus órganos activos y pasivos de la locomoción, funciones del

(1) Equívocamente escrito Debost en el artículo anterior.

sistema nervioso, teoría de las fuerzas, dinámica, centro de gravedad, psicología y estudio de las facultades intelectuales del animal bajo el punto de vista de su conservación, expresándose con método y claridad, y apoyado en autoridades ilustres de hombres pensadores por su práctica é inteligencia en el asunto de que se trata, sabios y profesores distinguidos de quienes ha recibido plácemes y la aprobación más completa, entre los que pueden citarse á los generales l'Hotte, comandante de la escuela de Caballería del vecino reino, Micheaux, Gayot y Bouley, que ha dicho: «lo que más caracteriza la obra de Mr. Deboest es haber comprendido que para conseguir del caballo lo que esperarse debe, es necesario dirigirse á su inteligencia, indicándole los movimientos que ha de ejecutar, y como los comprende, deben considerarse *movimientos reflexivos*. Esto es realmente la novedad excepcional de su libro.» También los doctores Dally, Jolly y otros, quienes serian bastante para clasificar en primer término la obra de Monsieur Deboest, y recomendarla á la atención pública, si ya no fueran conocidas en el mundo ecuestre y apreciadas por algunos de nuestros lectores, verdaderos aficionados á la equitación, y que debe consultarse todo el que se interese en el progreso de la ciencia hipica.

En la segunda parte hace el análisis crítico de los distintos métodos de equitación que se publican en la época actual; es una revista instructiva, eficaz al convencimiento, en la que se observa sólo el verdadero adelanto moral y material es el fin propuesto; nada de exageraciones, mas pone de manifiesto el deseo de algunos chicos de parecer grandes á los ojos de los demás, que es el cáncer que corroe el cuerpo social; el individualismo del maestro juega también un papel importante, en que se considere su método la encarnación de sí mismo, presentándose á sus discípulos como un modelo completo y acabado, pero tan personal, que nunca alcanza la talla que corresponde á un profesor. Otros, dice, ejecutan á caballo aires de brillantes resultados, enseñados en secreto, pero de ayudas intrasmisibles, lo que llaman *equitation d'apparat*.

Por ese camino no puede llegarse á la educación científica universal que haga simultánea la enseñanza del caballo y del jinete, apoderándose de la voluntad del bruto, poderoso agente, que no han sabido desentolver los antiguos métodos, sino inventar rigores de todo género y estilo, contrariando su ley natural, estrechando sus exigencias.

La tercera parte comprende la educación del caballo de silla, ó sea aplicar en la práctica los convencimientos adquiridos en las anteriores. Forma capítulo aparte de sumo interés la doma preparatoria del potro, pues dice, y tiene razón, *es preciso doblegar la voluntad al ejercicio en vez de emplear el ejercicio inmoderado para someter la voluntad*; usando de medios suaves procurar adquiriera el caballo confianza en el hombre hasta conseguir la inamovilidad, y por recompensa el movimiento. Luego sigue la educación en el picadero, al paso, la segunda serie al trote, tercera al galope, ejecutándose estos aires despues montado. Durante las lecciones nunca se olvidará el fin propuesto hasta obtener obediencia el caballo cuanto se le mande de buena voluntad en cuanto le ayude la memoria; pues la repetición de actos produce la facilidad de ejecutarlos. Recomendamos sobre todo evitar el abuso de la fuerza que provoca la rebeldía del caballo y conduce al jinete á castigos innecesarios hasta la barbarie, y como resultado la impotencia, y al caballo su ruina.

Sentimos no poder seguir las interesantes deducciones del autor, llenas de buen sentido práctico, lógica é invenciones ingeniosas; aprécielas el lector y observará es un método que rompiendo con las tradiciones empíricas conduce á la verdad ecuestre por el camino seguro de la sana razón. ¿No merece fijarse y sustituir la educación maquiñal, generalmente mal dirigida, torpe ó brutal, causa permanente para nuestros caballos de fatiga y deterioro, por un sistema tan suave y de sentido común, al alcance hasta de los menos avisados? De este modo no se estropearán, ni adquirirán defensas, pues como ha dicho un autor contemporáneo, *los caballos no tienen más resabios que los que se les enseñan*.

No ha sido solamente Mr. Deboest quien ha tratado de ese método razonado, aunque debe considerarse el fundador de la Escuela científica ecuestre, porque ha sabido reunir la ciencia al arte, á impulso de su poderosa inteligencia, y de acuerdo siempre con la índole del caballo; pues en el año de 1858, con ocasión de la llegada á Londres del norte americano Mr. Parey, conocimos allí *The art of horse training and taming*, y vimos en la práctica reducir al *Cruiser* que por su desobediencia se había hecho célebre, despues de haber hecho lo mismo en París con el caballo *Stafford*, de suma notoriedad, usando un procedimiento que se establece en los mismos principios, el que fuimos los primeros en introducir en España, dándolos á conocer por considerables dignos de fijar la atención; en esa prueba nos propusieron casi un imposible, según todos los antecedentes, á propósito de esto, permitásenos la digresión.

Tenia D. Juan Sixto Oronoz, de Jerez de la Frontera, un potro bayo, con cinco años, y tantos dedos sobre la marca, hijo de un caballo del Gobierno, el que mientras estuvo en aquella parada, por su ferocidad nunca se montó, ni podía limpiarse al extremo selvático, que cuando acontecia que se sacaba una oreja del jaquimon lo tenían dos días sin beber, para aprovechar el momento en que, abalanzándose sediento al agua, despacio y como á hurtadillas tiraban de pronto de la testera para entrar así la oreja y no siempre se conseguía. Su compañero de origen, *Aleppo*, estaba encerrado en una jaula, dándole á veces de comer *con una pala*.

Pues bien, el citado hijo no era más doméstico que sus antecesores; para su doma se pusieron en práctica todas las atrocidades de estilo, sin bastar ninguna á conseguir el objeto, ni aún siquiera concebir la más remota esperanza; pues cuando alguna vez se lograba con mil trabajos ponerle la silla, se tiraba al suelo, contra el que la hacía pedazos, y si casualmente se le tocaba á la nariz, embestia con las manos y la boca. En estas luchas perdió el animal

el ojo izquierdo, la piel de las rodillas y pedazos de cuero, ya de las espaldas y otros sitios.

Tal era el estado del bruto cuando fué presentado al que esto escribe; en poco más de media hora, á presencia de algunos profesores y aficionados, á virtud del sistema Rarey, entregó los belfos para que se le colocara un filete, soportó la silla en el cuello, la cruz, el lomo, y las ancas, dejando montarse por uno y otro lado y ser movido en todas direcciones dentro del local en que nos hallábamos. Sin embargo, para mostrar no era artificial el hecho, un desbravador que presente estaba lo sacó montado á la calle y paseó por la plaza del Arenal, con asombro de cuantos lo presenciaron. El mismo día lo vieron atado á la argolla del herrador, como vulgarmente se hace, dejándose poner las herraduras, hacer las cuartillas y curar las heridas *sin ayuda de nadie*.

Posteriormente leímos en la *Gaceta Militar* un caso semejante en comunicación suscrita por el señor coronel del regimiento de Lanceros de Calatrava, D. Joaquín de Pastors y Fox, considerando aquel periódico como órgano capaz de poder con acierto dar noticias que se refieran al interés del Instituto militar los siguientes pormenores acerca del resultado obtenido en el sistema hipico de Mr. Rarey, por el profesor del Círculo Ecuestre de Barcelona, Mr. Delanoue.

«En la mañana del 24 del pasado, dice, fué conducido al picadero de la Sociedad un caballo de carro del regimiento que tengo la honra de mandar; el que además de no haberse montado nunca, había sido siempre imposible hacerle las cuartillas, orejas y asiento de la cabezada de brida, por la fuerte resistencia que oponía á ser tocado en la cabeza y extremidades. Metido el caballo en un local á propósito, quedó solo con el profesor Delanoue; trascurrida una hora y media, fui llamado por éste, y entrando con dos ayudantes de mi regimiento y otros varios señores socios en el sitio donde estaba el caballo, lo vimos echado y que el profesor le movía á su capricho las extremidades, poniéndose de pié encima de su cuerpo. Salimos otro momento, y ántes de terminar el minuto entramos, encontrando á Mr. Delanoue montado, observando tenía puesto el caballo el bridon, lo que nunca se había podido conseguir, hecho el asiento de la cabezada, y hasta trepada la meleña, que echando pié á tierra le tocaba la cabeza á su capricho, cosa imposible hasta aquel momento.

«Tengo tanta satisfacción en anunciar á V. este resultado, cuanto que desgraciadamente hay muchos, que en descrédito del país, se denominan en España profesores, sin tener conocimientos ni derechos para ejercer como tales una ciencia que necesita mucho estudio y desvelos para poseerla, hasta poder llegar á aquel honorífico nombre, negando los hechos más evidentes, resultados de la ciencia, por no estar al alcance de sus prácticas rutinarias y erróneas. Mal que sería conveniente se cortase, no permitiendo ejercer al que no presentara la patente de estudios y exámenes practicados en las escuelas, ya del Gobierno de S. M. ú otras naciones.»

Los tres principios fundamentales del método de monsieur Rarey son los siguientes:

1.º Que siendo el caballo un ser bien organizado no ofrecerá resistencia á nada que se le mande, lo cual entiende perfectamente, con tal que sea de una manera conforme á la ley de su naturaleza.

2.º Que no teniendo conocimiento propio de sus fuerzas más que le muestre la experiencia, puede manejarse á nuestra voluntad sin violencias de ninguna especie.

3.º Que según la ley de esa misma naturaleza, por la que el caballo examina cuanto le es desconocido, se familiariza con cualquier objeto por espantable que sea, en la seguridad que no le amedrentará, haciéndole comprender no ha de causarle daño.

Repetidas veces practicamos estos principios, y en una ocasión lo hicimos patente á la vista de la Legación Española en Tánger, en el caballo *Otelo*, que era propiedad del actual Secretario; también en otros fogosos africanos, quitándoles el bocado de argolla *moruno*, con el cual se disparaban, y sustituyéndole con uno sencillo de cuatro anillas y barbada inglesa *liada*, escapando despues á campo abierto sin que *jamás intentaran desbocarse*.

Nada de lo expuesto es nuevo; pero sirva para demostrar, sin que nadie con fundamento se atreva contradecirnos, no hay necesidad de hacer uso en los caballos para garantizar la vida del *Pelham*, ni de la *mucerola con pernillo*, ni bocados jerezanos con *larreta* y barbada *picada*, ayudando á espolozos, con todas sus legítimas consecuencias; ni de *Bucéala*, *Gofs-Snefle*, *martingala con anillas*, por donde *pasan las riendas el bocado*; todas estas son máquinas inútiles de que se valen los que no saben otra cosa.

Pero en su constancia por seguir el influjo de las novedades extranjeras, en cuanto concierne á las diversiones, no se paran en el testimonio que rinden esas mismas naciones, á estudiar la *seguridad personal verdadera*, y cómo entran con paso firme en la senda de los legítimos progresos humanos. Y más en la edad presente cuando todo conspira á estrechar á los pueblos que gozan de los beneficios de la cultura; cuando han caído las barreras que separaban las naciones; la navegacion y el telégrafo son parte para que las comarcas más distantes puedan considerarse como miembros de una misma familia, el empeño de sostener y copiar ciertas costumbres extrañas al país, y excluir é ir contra la corriente de las ideas y adelantos de los intereses que agitan á nuestros contemporáneos, raya en delirio;—siendo increíble, si una dolorosa experiencia no nos lo mostrase, que teniendo siempre en los labios la palabra mejora y progreso, pensemos tan poco en adelantar, en mejorar y en progresar en el recto sentido de este vocablo.

Felicitemos á Mr. Deboest por el merecido lauro con que ha premiado el Jurado de la Exposición sus esfuerzos, pues no sólo ha prestado un señalado servicio á su país, sino al universo entero; porque desde ahora, con tan racional guía podrá cada uno hacer su caballo, ó dirigir la educación; sin que sea un secreto para nadie, y al alcance de los menos relacionados en esas materias, supuesto que

bastará el sentido común y el estudio; no habrá necesidad de entregarlos á extraños que los *resabien ó estropean*; y es constante que la mejor garantía de la vida, más eficaz que el célebre tormento *Gofs-Snefle*, es la ciencia, para adquirir la perfecta identificación entre jinete y caballo.

ED. CÔSTELLO.

EL COMERCIO DE CABALLOS.

El comercio de caballos es en el día en Europa objeto de una serie de medidas extraordinarias. El Gobierno de Suiza, por ejemplo, ha impuesto un derecho de 800 francos por cabeza de animal exportado, lo que equivale á una prohibición. Además, la importación de caballos ha sido absolutamente prohibida por la Rusia, la Alemania, el Austria, y la Hungría. Italia por su parte trabaja para completar el equipo de sus tropas montadas. Como no tiene abundantes crías de caballos, hasta hoy los ha importado del exterior. Recientemente, uno de los mejores oficiales generales de Victor Manuel, con el auxilio de un comerciante de caballos de Lóndres muy conocido, compró en aquella plaza todos los caballos que se le ofrecían hasta cierto precio. La Francia está lejos de tener sus caballos en completo, estándole cerrados todos los mercados de Europa, ménos los de Inglaterra y América. Por su parte, la Inglaterra en la guerra de Oriente y la emprendida ahora contra los Afghanes, necesita lo ménos 22.000 caballos. Los que hoy tiene en servicio militar son caballos ordinarios, de raza belga ó francesa, é impropios, por consiguiente, para una campaña. Al precio de 42 guineas, que hoy los paga, la Inglaterra sólo puede obtener caballos de tres años de edad, é incapaces, por consiguiente, de toda fatiga prolongada y de todo servicio extraordinario de campaña.

Tal vez se ignora que Inglaterra importa todos los años unos 25.000 caballos. Los mercados de donde ha acostumbrado hasta aquí sacarlos le están hoy cerrados y lo estarán por mucho tiempo, porque tal vez el consumo de caballos sea enorme. En la guerra entre Rusia y Turquía se sabe que el Gobierno ruso ha comprado unos 20.000 caballos, y la Francia, que en vez de disminuir sus fuerzas militares las aumenta y perfecciona, no cesa de adquirir caballos en gran número y á toda costa, habiendo agotado cuantos existían, con condiciones para el servicio, en su colonia de Argel. El sistema que tiene el Gobierno de nuestra vecina República de tomar los caballos á los agricultores es vicioso por dos razones: 1.º porque dependiendo su riqueza agrícola de sus caballos de labor, ella no puede sacar estos animales del servicio de las labores del campo, sin comprometer su riqueza, su renta y aún la existencia del país; 2.º porque los caballos así adquiridos son mal cuidados y maltratados. Sólo Inglaterra, con su supuesta política de comercio libre, jamás consentirá, no decimos la prohibición, pero ni siquiera un impuesto pesado, ni sobre éste ni sobre ningún otro tráfico; por consiguiente Francia, y su rival la Alemania, han de ir allí á proveerse de caballos. En toda Inglaterra existen hoy como 2.762.000, mientras que sin contar el Canadá, en los Estados-Unidos existen como 9.300.000 caballos, cuyo número aumenta allí con rapidez. Estos caballos norte-americanos son de una raza y de condiciones inmejorables. Lo cierto es que desgraciadamente en España no vemos que progrese el ramo de la economía rural, que ha ocupado con más preferencia la atención del Gobierno, y porque se han hecho más gastos que por todos los otros ramos de la industria agrícola reunidos.

B. C.

LA FILOXERA.

Hemos dicho varias veces en este periódico que la filoxera ocasionará grandes ruinas particulares, pero que su aparición en Europa iniciará un gran progreso en los procedimientos del cultivo de la vid, y que la producción general, lejos de resentirse, aumentará en una cantidad notable. *Le Moniteur Vinicole*, en su número de 27 de Noviembre último, publica una estadística de la cosecha de vinos en los departamentos de Francia más castigados por la plaga, que viene á confirmar en cierto modo nuestra manera de ver, ó demuestra por lo ménos que la riqueza vinícola de aquel país no ha sufrido tanta baja hasta ahora cuanto algunos suponen.

Los datos que publica *Le Moniteur Vinicole* se refieren á tres períodos:

- 1.º De los cinco años que han precedido la invasión.
- 2.º De los cinco años durante los cuales se ha propagado el insecto.
- Y 3.º De los cinco últimos años, comprendida la cosecha de 1877, la de 1878 no estando todavía conocida.

Los reproducimos á continuación:

	1.º PERÍODO DE 1863 á 1867.	2.º PERÍODO DE 1868 á 1872.	3.º PERÍODO DE 1873 á 1877.
Bocas del Rhodano....	431.372	362.526	234.382
Gard.....	1.835.736	971.909	966.822
Gironde.....	2.632.037	3.405.700	3.423.316
Herauld.....	7.154.259	12.420.280	9.851.223
Var.....	856.794	971.909	966.822
Vaucluse.....	476.770	272.745	72.426
	13.386.968	18.405.069	15.514.991

Por consiguiente, en los últimos cinco años la cosecha media de vino en aquellos departamentos ha superado en

más de dos millones de hectólitros la cosecha media de los cinco años que han precedido la invasión.

Si bien la cosecha media del período intermedio aventaja á la del último en cerca de tres millones de hectólitros, los departamentos de la Gironda y del Var han mantenido el aumento progresivo de su producción, sin retroceder, á pesar de los estragos del insecto; y sabiendo los perfeccionamientos que se han realizado en los mismos en estos últimos años, no vacilamos en afirmar que no retrocederán. Conocemos á muchos viñeros que han duplicado su cosecha, y el ejemplo que han dado no tardará en encontrar numerosos imitadores.

La submersión, el sulfuro de carbono y los sulfo-carbonato-alcalinos siguen dando los más satisfactorios resultados por lo que se aplican con tino é inteligencia; sin duda los gastos son considerables, y en algunos casos superiores á las utilidades del cultivo de la vid; pero en otros muchos, auxiliados con abundantes abonos y una poda más generosa, la producción aumenta en una proporción tan considerable, que los beneficios líquidos son hoy mayores que lo eran antes de la invasión del insecto. A pesar de los pesimistas, renace en todas partes la esperanza, y los viñeros franceses se aprestan á la lucha; el enemigo puede considerarse como medio vencido, porque toda su fuerza consistía en que, en un principio, no se conocían los medios de combatirlo, y después de conocidos éstos, la desconfianza que sembraron algunos, impidieron que su uso se generalizara.

Por otra parte, las vides americanas, ó por lo menos algunas variedades de vides americanas, siguen resistiendo á la picadura del insecto, y se confirma la posibilidad de reconstituir con ellas los viñedos que han desaparecido. Pero en esta cuestión, como en la que se refiere á los insecticidas, hay decepciones, por no conocerse bien las exigencias y propiedad de cada vidueño. Ninguno es resistente en absoluto, y cuando no encuentra las condiciones de suelo y clima que necesitan, perecen como las mismas variedades de la vid asiático-europea. Así el Cliton y el Cuninghan, que habían dado magníficos resultados en el departamento del Gard en los primeros ensayos, se debilitan y desaparecen poco á poco; en otras partes siguen prosperando.

La experiencia sola podrá resolver el problema de la adaptación de cada vidueño americano á las condiciones de terreno y clima que le convienen, y determinar qué vidueños americanos pueden poblar cada clase de terreno con probabilidades de buen éxito.

Pero debemos señalar aquí una de las causas más principales y más frecuentes de fracaso. Se ha creído que las especies ó variedades de vides americanas podían multiplicarse por pepitas, y se han sembrado en cantidad fabulosa. De allí han nacido nuevas variedades híbridas, que se parecen más ó menos, por sus caracteres exteriores, á los tipos de que han salido, pero sin conservar sus propiedades de resistencia á la filoxera. Así el *Jacquez-Laliman* se mantiene vigoroso y fértil en medio de las regiones más atacadas; pero otros *Jacquez*, que no pueden distinguirse fácilmente del verdadero, sucumben en poco tiempo. Por consiguiente, la multiplicación por esqueje es el único medio seguro de conservar y transmitir la resistencia de un vidueño. Los semilleros únicamente pueden servir para obtener nuevas variedades de más ó menos mérito, pero que resistirán ó no resistirán á las picaduras del insecto.

Por todo censuramos energicamente que se aconseje á los viticultores españoles, en regiones hasta ahora indemnes de la plaga, sembrar vides americanas, y que hasta se les reparta simientes. Estas pepitas, recogidas sobre variedades americanas, pero en medio de cepas asiático-europeas, han sido en gran parte fecundadas por el pólen de éstas últimas, y la experiencia ha demostrado que las híbridas de ambas procedencias no resisten á la picadura del insecto.

Las vides americanas que han resistido en Francia deben introducirse, por medio de esquejes, en las comarcas invadidas por la plaga, á fin de preparar los elementos necesarios á la reconstitución de los viñedos que desaparecerán en breve, y de determinar la mejor adaptación de cada una en las variaciones de terreno y clima. Los semilleros no pueden tener otro objeto que el de obtener nuevas variedades que habrán de someterse á prueba en una región aflojerada antes que sea lícito de recomendar su propagación.

¿Qué servirá á un propietario de la Mancha, de Castilla ó de Navarra, establecer una viña de plantas americanas de simiente que no le dará sino malas cosechas durante diez, doce ó quince años, y que el insecto destruirá cuando se presente, con la misma facilidad y rapidez que los antiguos vidueños del país?

Dejemos á los países que han sido los primeros atacados los cuidados y los gastos necesarios para hacer las experiencias de que luego nos aprovecharemos cuando llegue también para nosotros la hora de la lucha y de la prueba. Evitemos de preparar engaños que después descorazonarán á nuestros viticultores. Digamos alto y muy alto que las vides americanas de simiente, aunque procedentes de una variedad ó especie que ha resistido y resiste á la picadura del insecto, no ofrecen ninguna garantía de que resistirán también; que, por el contrario, de 10.000 es casi seguro que no habrá una que resista.

Lo único procedente es que se establezcan en Málaga uno ó varios viveros que suministren esquejes ó barbados, de variedades ya reconocidas resistentes, á las demás provincias, á medida que éstas fuesen invadidas por el azote, pudiéndose también hacer semilleros para obtener nuevas variedades, cuya resistencia se hallará desde luego sometida á prueba. Pero sostenemos que en las regiones no atacadas es imprudente introducir las vides americanas por esquejes, y completamente inútil hacer semilleros, á menos que sea como mero objeto de curiosidad.

ESTANISLAO MALINGRE.

LA LEY DE CAZA EN EL SENADO.

Juzgando de sumo interés para los lectores habituales de EL CAMPO los debates habidos en la alta Cámara acerca de la ley de caza, hacemos á continuación un extracto de ellos, sin perjuicio de dedicarles en otro número algunas consideraciones que nos sugieren las opiniones emitidas por varios señores senadores.

Declarada urgente la discusión de dicha ley en la sesión del 8 del actual, comenzó á debatirse el día 9.

El Sr. García Ochoa principió á ocuparse de la ley en su totalidad, lamentándose de que no asistiesen á su discusión muchos propietarios de los que tienen asiento en la alta Cámara y á quienes el asunto interesa de manera directa. Dijo que prescindía de la sección primera, en que se clasifican los animales en fieros ó salvajes, en amansados ó domesticados y en mansos ó domésticos. Esta clasificación es más propia de naturalistas que de legisladores. Pero lo que podemos llamar caballo de batalla en esta ley es el art. 18 y el 17, con la adición que tiene luego el 20.

Dice el 18: «Los dueños particulares de las tierras destinadas á vedados de caza, que estén realmente cercadas, amojonadas ó acotadas, podrán cazar en ellas libremente en cualquier época del año, siempre que no usen reclamos ni otros engaños á menor distancia de 500 metros de las tierras colindantes, á no ser que los dueños de éstas lo autoricen por escrito.»

Es decir, que usando el reclamo á 500 metros de las tierras colindantes está permitida la caza con él. Esta es una innovación en nuestro derecho. La caza con reclamo macho ha estado siempre prohibida en nuestra legislación de caza, porque esta caza es la más devastadora, porque mata al macho y á la hembra.

En este artículo creáis además un privilegio en favor de los grandes propietarios y se lo negáis á los propietarios de la propiedad, porque dicho se está que quien carezca de propiedad que tenga 1.000 metros de anchura y otros 1.000 de larga, no puede cazar, en el momento que estando á 500 metros de una linde y á 490 de la otra está fuera de la ley; añadió que votaría la ley, á pesar de haberle hecho la oposición, pero con el sentimiento de que no se practicará. Es en vano, señores, que los Cuerpos Colegisladores hagan leyes, en vano que S. M. las sancione, que el Gobierno las publique, si después las personas que han de ejecutarlas son las primeras en eludir las. De esto no os podeis formar idea los que no vivís en el campo ni en los pueblos.

«En cambio voy á referir ahora—dijo luego—dos hechos que contrastan con lo que en España sucede.»

»En una época en que se estaba construyendo un ferrocarril en Cataluña, se hallaron juntos en un pueblo un ingeniero inglés y otro español, y estando almorzando, les sacaron, entre otros platos, unas perdices que, con decir que estaban guisadas en Cataluña, se comprenderá que estaban muy apetitosas. El español sirvió al inglés una de las perdices, y éste dijo: «No, gracias.—¿No le gustan á usted?» replicó el español. «Sí, mucho; pero tengo entendido que hoy está en veda la caza en España; yo respeto siempre las leyes del país en que esté, y no la acepto.—Pero, contestó el español, ¿qué tiene que ver eso, si nosotros no las hemos muerto?» «Si ustedes no las comieran ni las compraran en esta época, no las matarían.»

«El Príncipe de Gales, el heredero de la corona del Reino Unido, mató en su Real posesión de Windsor un faisán veinte y cuatro horas antes del levantamiento de la veda. Tan luego como sonó el tiro brotó, como siempre brota allí, la policía, que pidió al Príncipe de Gales la escopeta y la licencia y le impuso las cinco libras de multa que eran de costumbre; y el Príncipe, por respeto á la ley, entregó la escopeta, la caza y el importe de la multa.»

El Sr. Pascual (D. Agustín), de la Comisión, dijo que el propietario de una finca tiene el aprovechamiento de la caza de la manera que lo creyera más conveniente. «Al examinar la esencia de esta propiedad, dice, se nos acusaba una especie de contradicción por parte del Sr. Ochoa, porque al no prohibir el reclamo de un modo absoluto, no se procuraba evitar que todos los animales fuesen maltratados; y como con el reclamo se destruye la caza en el momento más solemne, cuando se va á verificar la unión de los dos sexos, su señoría venía á decir: os he cogido, porque como con el medio propuesto, no sólo se destruye el ave, sino su progenie, no hay tal fomento de la caza por medio de esta ley. Su señoría se olvidaba de que la ley prohíbe efectivamente todo lo que se refiera á esos medios destructores; pero que es necesario, ó que el derecho de propiedad tenga grandísimas limitaciones en este sentido, ó es preciso dejar libertad completa al propietario.»

»El principio general de esta ley es el principio moderno, el fundamento racional de la propiedad aplicado á la caza, atendiendo el orden histórico y atendiendo al principio fundamental de la propiedad.»

Sin más discusión sobre la totalidad se procedió á la discusión por artículos, siendo aprobados sin ninguna desdén el art. 1.º hasta el 15.

Una adición presentada y apoyada por el Sr. Puig al artículo 16 fué desechada, y el Marqués de la Conquista combatió el artículo, proponiendo dos adiciones: una de ellas es la palabra *mate* antes de la de *hiere*, pues si el cazador tiene derecho á entrar á perseguir la pieza herida, con más razón se le ha de conceder cuando esté muerta; y en el segundo párrafo del mismo artículo quisiera que se añadiese la frase «pero dejando la escopeta en la linde.»

La primera adición fué aceptada; más no la segunda, por las razones dadas por el Sr. Gonzalez (D. Ambrosio), y aprobado el art. 16.

Leído el art. 17 y dos enmiendas, una del Sr. Puig y otra del Sr. Marqués de la Conquista, que dice así: «El párrafo tercero se redactará en la forma siguiente: Las palomas, tórtolas y codornices podrán cazarse levantadas que sean las cosechas, pero nunca antes del 15 de Agosto», y habiendo declarado la Comisión que aceptaba esta última y no la del Sr. Puig, retiró éste la suya.

Puesto á discusión el art. 17 con la enmienda del señor

Marqués de la Conquista, fué aprobado después de algunas observaciones del Sr. Monteverde, contestadas por el Marqués de la Conquista, como autor de la enmienda.

La discusión quedó en el art. 18, y se levantó la sesión á las seis y cuarto.

Continuando la discusión el día 10, el Sr. Marqués de Monistrol combatió el art. 18.

Si por el art. 19 se prohíbe en absoluto la caza con reclamo, ¿por qué en el anterior se permite á los particulares derechos de vedados de caza?

Esto preguntaba el Sr. Marqués, y aduciendo textos de nuestra legislación antigua en los cuales se prohibía el uso del reclamo para cazar, como un medio eficaz para aumentar la caza, deducía la falta de razón para que el proyecto de ley que se discutía la autorizara á los que taxativamente se indican en el art. 18.

El Sr. Gonzalez (D. Ambrosio) cree, y así lo manifestó, que el dueño de vedados de caza tiene sobre la perdiz el mismo derecho que sobre el faisán, y bajo este punto de vista puede usar de él en la forma y tiempo que le convenga, con la única limitación de no usar el reclamo á menos de 500 metros de los predios ajenos.

«Pero esta limitación no es bastante, observaba en la rectificación el Sr. Marqués de Monistrol, puesto que un reclamo bueno se oye á 1.000 y 1.500 metros.»

El Sr. Marqués de la Conquista es también partidario de este privilegio á favor de los propietarios dueños de vedados de caza, si bien cree insuficiente la distancia de 500 metros establecida en el art. 18.

Sin más discusión quedó aprobado este artículo.

El Sr. Puig apoyó una enmienda al 19 pidiendo que se prohiba en absoluto la caza con reclamo sin la distinción del artículo, puesto que como la mayor parte de los propietarios tienen terrenos amojonados ó acotados, la prohibición del artículo 19 viene por tierra con las excepciones del 18.

Desechada la enmienda y puesto á discusión el artículo, el Sr. Guillén combatió la prohibición en absoluto de la caza con reclamo, probando con argumentos prácticos que si la de reclamo con macho es perjudicial, la del reclamo con hembra favorece considerablemente el aumento de la caza, á cuyos argumentos contestó el Sr. Pascual (D. Agustín), que como la perdiz es monógama, la Comisión no ha tenido por qué distinguir entre uno y otro reclamo.

Aprobado el 19, el Sr. Puig apoyó una enmienda al 20 pidiendo que se suprima de la prohibición de cazar con huron, lazos, perchas, redes, liga y otro cualquier artificio, la excepción hecha á favor de los pájaros que no sean declarados insectívoros. El Sr. Puig se apoyaba en su discurso en que, como en los artificios citados caen lo mismo los insectívoros que los no insectívoros, al permitir al cazador usar de ellos se le autoriza, aunque indirectamente, para que los emplee con los insectívoros.

Desechada la enmienda, el Marqués de Monistrol combatió el art. 20, fundándose en que no es posible especificar de una manera terminante cuáles son los pájaros insectívoros y los que no lo son, en cuyas ideas abundó también el Sr. Pascual.

Quería el Sr. García Ochoa que en vez de decir «excepción hecha de los pájaros que no sean declarados insectívoros», se dijera: «excepción hecha de los pájaros que sean declarados no insectívoros y considerados útiles á la agricultura», por los que, aun no siendo insectívoros, favorecen á la agricultura, como el jilguero y otros, pero el Sr. Conde de Peña-Ramiro cree que de esta suerte, admitiendo la variante propuesta por el Sr. García Ochoa, quedaba la ley falseada de todo punto.

Aprobados el 20 y el 21, el Sr. Marqués de Guad-el-Jelú pidió que el 22 se redactara en estos términos: «Se prohíbe cazar de noche con luz artificial», suprimiendo, «y de noche con armas de fuego», porque de esta suerte no se prohíbe la caza de animales dañinos, que no hay otros medios de matarlos. La Comisión aceptó las indicaciones del señor general Ros de Olano, y aprobó el artículo modificado y el 23 y 24, el Sr. Marqués de la Conquista propuso una pequeña adición, que la Comisión aceptó, y que combatió después el Sr. Duque de Veragua, por creer que menoscababa el derecho de propiedad el que se prohiba la venta de la caza en épocas determinadas; pero el Sr. Pascual dijo que, de acuerdo en el fondo con las opiniones del Sr. Duque de Veragua, juzga que no ha llegado el momento de que desaparezcán las medidas de policía.

Dijo el Sr. Duque de Veragua con elocuencia, que aunque la propiedad nazca de la limitación de la naturaleza humana, y la falta que el hombre siente para satisfacer sus necesidades le lleve á tratar de satisfacerlas con los seres inferiores, es claro que no basta sentir un apetito para apoderarse de una cosa.

«Todos sabeis, añadió, que en tiempo de los romanos la ocupación estaba limitada por el dominio privado, puesto que el que perseguía la caza en predio ajeno sólo podía perseguirla allí con la vena del dueño. Pero aun cuando esto no fuera, ¿puede desconocer el Senado el carácter de la civilización actual, de individualizar la propiedad como palanca de progreso, que no á otra cosa responde la revolución económica de nuestro siglo, que estableció la desvinculación y la desamortización? Pues siendo así, creo yo que podríamos interpretarla en la forma en que yo la interpreto. Estoy seguro que la Comisión me dirá que no desconoce el derecho de propiedad particular, que lo afirma, y que lo único que hace es impedir que en ciertas épocas del año se pueda vender el producto que muchas fincas pueden proporcionar por la caza. A esto me atrevo á contestar con otra pregunta: ¿qué diría cualquier propietario de un legislador, que ocupándose de los actos de dominio que ejercitaba en un monte, le estableciera limitaciones durante dos horas ó dos días? ¿Es un capricho de un dueño de cazadero matar y luego vender la caza según tenga por conveniente? ¿Es un capricho, aunque violenta las reglas de la veda? Pues precisamente en ese período puede obtener verdadero rendimiento como consecuencia legítima de su propiedad, puesto que estando los mercados desprovistos de caza, cualquier especulador

puede destinar su propiedad á obtener de ella ese producto con ventaja en esa época. Puede que alguno diga que esto es privilegio. No creo que sea privilegio lo que está al alcance de todos los ciudadanos, y entonces también también podría llamarse privilegio el ahorro y la herencia.

»Se hace otro argumento respecto de este punto. Se reconoce que hay cierta limitación del derecho de propiedad, y se disculpa diciendo que es para evitar los fraudes que podrían originarse. Creo que los fraudes deben castigarse; pero porque haya un fraude no se puede pasar por encima del derecho de propiedad.

»También se ha dicho que si se prohibiera en absoluto la caza, se disminuiría la alimentación. En los pueblos salvajes, que viven sólo de la caza, este punto de vista sería atendible; pero en nuestra nación, ¿constituye la caza la alimentación pública? Si fuera así, el proyecto sería previsor. Los que defienden esta teoría errónea hacen bien en escoger todos los medios de defensa, pero no digan que amparan el derecho de propiedad.»

El discurso del Sr. Duque de Veragua, nutrido de sabia doctrina jurídica, fué objeto de general aprobación.

Se aprobaron el artículo 25 y el 26.

El Sr. Marqués de la Conquista apoyó una enmienda al 27, pidiendo que en tiempo de veda el dueño del monte podrá aprovechar la caza dentro de su posesión en la forma que le parezca, siendo así que por el artículo puede venderla, previa licencia escrita de la autoridad local, desde el 1.º de Julio en adelante. Después de breves frases del Sr. Gonzalez (D. Ambrosio), fué desechada la enmienda y aprobados los artículos 27 y 28.

El Sr. Marqués de Guad-el-Jelú apoyó una enmienda al 29 para que «se conserve á los capitanes generales la facultad de conceder licencias de caza gratuitas á todos los que gocen del fuero militar.»

Después del corto discurso que con este motivo pronunció el señor general Ros de Olano, á quien contestó el señor Marqués de San Carlos, la enmienda fué tomada en consideración.

Suspendido el debate, prosiguió en la sesión del día 11, y la Comisión dió lectura del art. 29, redactado de nuevo por la Comisión con arreglo á la enmienda presentada al mismo por el Sr. Marqués de Guad-el-Jelú.

Se dió lectura de los artículos 30, 31 y siguientes, hasta el 54 inclusive, último de la ley, que fueron aprobados, así como las disposiciones transitorias de la misma, quedando, por consiguiente, votada en su totalidad.

ECOS DE PARIS.

La vida de París está en estos momentos en una de sus fases transitorias; ya es invierno por el estado de la atmósfera, el cielo gris y el viento frío que se siente, pero aún no ha empezado la estación de los bailes y fiestas. Las mejores casas de París permanecen aún cerradas, y de día se encuentran en los Champs Elysées pocos trenes. Se hacen pocas visitas y hasta en las carreras falta animación.

Los extranjeros, que forman un elemento tan importante de la vida de París, satisfechos de haberse divertido durante la Exposición, se van á sus casas á descansar de sus fatigas y gastos del verano. Los ingleses y los rusos tienen graves ocupaciones en sus países; los belgas coleccionan procesos de sensación; los alemanes permanecen quietos en sus lares; los italianos, preocupados con los amables socialistas, espían á sus cocineros, y españoles quedan ya pocos por aquí.

El Barón Adolfo de Rothschild hace ensanchar las galerías de su magnífico hotel del Parc de Monceau, donde conserva la más maravillosa colección de obras de arte que existe.

La fecha en que se juegue la gran Lotería es uno de los problemas que más preocupan hoy á los parisenses. Hay partidarios de que sea antes de primero de año, y sus contrarios presentan también buenas razones para que sea después. Lo cierto es que aún no está decidido.

Con motivo del matrimonio del Duque de COUNAUGHT con la princesa Luisa de Prusia, la reina Victoria ha decidido dejar el luto que tan severamente guarda desde la muerte del príncipe Alberto. Ha prevenido al célebre artista inglés Irving que trabajará en Palacio ante la corte. Este espectáculo es todo un acontecimiento en el gran mundo inglés.

El matrimonio del Rey de Holanda con la princesa Emma de Waldech no tendrá lugar en los estados de S. M. neerlandesa, sino en Arolsen, á mediados de Enero, y pasarán la luna de miel en Loo. El Príncipe de Orange ha rehusado el asistir á la ceremonia, y el príncipe Alejandro ha respondido á la invitación, que no puede interrumpir sus viajes.

El redactor de un gran periódico inglés tuvo la idea de fingirse loco. Habiéndole encerrado en una casa de dementes, ha tenido la paciencia de estar allí dos meses, para observar los diferentes casos que se presentaban en el establecimiento. Por la estadística hecha por este *reporter*, cinco por ciento de los allí encerrados estaban en su juicio. Esto es el non plus ultra del *reporter*.

Con motivo de haber comprado un inglés el globo cautivo de las Tullerías, propone un marino llevar el globo á Inglaterra, donde ha de ser exhibido, atando el cable á un vapor, y el globo elevado en los aires haría su viaje, pudiendo llevar pasajeros en su barquilla. ¿Qué efecto producirían estos viajeros desembarcando en Inglaterra, unos por los aires, otros por el agua!

Y ya que hablamos del globo que tanto papel hizo durante la Exposición, dediquemos un recuerdo retrospectivo á ésta, y digamos cómo se valieron los Jurados encargados de probar los espíritus sacados del arroz, expuestos en la sección china, para poder señalarles las recompensas que merecían.

Las primeras muestras de licores sometidas á su degustación les parecieron tan atroces, que no pudieron menos de hacer muchas figuras y contorsiones delante de los chinos impasibles.

Iban á seguir probando, cuando uno de los jurados tuvo la ingeniosa idea de hacer sus experiencias de degustación por los empleados indígenas de la sección, y juzgar de la calidad de los productos por la mímica de éstos.

Cuando una bebida provocaba contorsiones en el que la probaba, la marcaba cero; si dejaba aparecer una expresión dudosa, obtenía mención honorable; si los ojos del chino brillaban de felicidad y satisfacción, entonces concedían al licor medalla de bronce. En fin, cuando el Jurado improvisado se relamía y se daba golpecitos en el estómago, el productor del breva era recompensado con medalla de plata. ¿Qué hubieran exigido para la medalla de oro?

Muchas anécdotas han contado los periódicos sobre el Congreso de Berlín: en el *Extrablatt* de Viena leemos la siguiente:

Cuando encargaron en el hotel Kaisehof las habitaciones para Lord Beaconsfield, pidieron un cuarto que tuviera dos camas. Admiró á muchos esto, porque sabían que el Lord estaba viudo; pero cumpliendo lo encargado, prepararon las dos camas. Llegó Lord Beaconsfield y ocupó su cuarto, del que entraba y salía solo. Sin embargo al día siguiente encontraron las dos camas desechas. ¿Por qué diablos el noble Lord necesitaba dos camas? La curiosidad se excitó, lo espionaron y descubrieron que Lord Beaconsfield usaba las dos camas, una después de otra, para estar más fresco, pues que era el mes de Julio y hacía un calor excepcional.

Como la atención del momento la ocupa el adversario de Inglaterra, el Emir de Caboul, Shire-Ali, se leerán con interés los siguientes detalles de la vida privada de aquel soberano asiático.

Shire-Ali vive en Caboul, en el *chateau* de Bala-Hizzar, que tiene el aspecto de una fortaleza. Además, el Emir posee en la ciudad dos palacios más. En uno de ellos viven las hijas casadas del Emir; en el otro, las mujeres que estaban al servicio, como esclavas, de Dost Mohammed, su padre.

La madre de Shire-Ali vive aún, y tiene una edad muy avanzada. Shire-Ali sólo tiene un hijo, Jakoub Khau, pero en cambio tiene diez y ocho hijas, de las que diez están casadas con vasallos de su padre. Según la antigua costumbre en Afghanistan, cada hija del Emir recibe como regalo de boda una ciudad, cuyas rentas cobra.

En cuanto á las mujeres del Emir, se cree son trescientas, poco más ó menos. En este curioso país el comercio de esclavos es monopolio del Estado, y el que por privilegio especial puede dedicarse á este negocio, está obligado, si vive en una gran ciudad, á entregar para el harem del Emir cierto número de mujeres, y si habita un pueblo pequeño, entonces las entrega en los de los vasallos que se han casado con hijas del Emir.

En Alemania se han publicado los resultados de un trabajo particular. Se trataba de saber las proporciones en que se encontraban los rubios y morenos, las rubias ó de pelo negro. Resulta que los primeros abundan en los Estados del Norte, y los de pelo negro en los del Sud. Lo mismo ha resultado del censo de los ojos azules y negros. En Alsacia algunos niños nacen con el cabello verde, pero este color desaparece al poco tiempo.

La Sociedad protectora de los animales, de Inglaterra, ha repartido algunos premios en un concurso abierto para mejorar los wagones destinados á trasportar los señores bueyes y puercos. Hasta ahora, nadie ha ofrecido premios para mejorar los wagones de 3.ª clase; ¡verdad que sólo trasportan hombres y mujeres! Sin embargo, si se han de *captionner* los wagones para el transporte de animales, no sería malo quizás mejorar un poco los de los viajeros.

La estadística de las carreras de caballos en Inglaterra en este año demuestra que 1.600 premios de un valor total de 18 millones de reales se han repartido entre 345 dueños de caballos. El más feliz ha sido Lord Falmouth, que ha ganado cerca de 4 millones en 36 carreras. El Conde de Lagrange viene el sexto, con 33 carreras ganadas, importantes 48.000 duros.

Durante la parada del tren entre Londres y Edimburgo, un individuo entró en el coche que venía ocupando la Condesa de Reseberg y se llevó una cajita con alhajas por valor de 3.000 duros.

Felizmente la Condesa, hija única del barón Rothschild, aportó un dote á su noble marido de 300 millones, y por consiguiente esta pérdida le será poco sensible.

¿Hasta dónde va á parar la estadística? Una de las grandes sociedades de sabios de París oía recientemente la lectura de un trabajo lleno de números sobre la cáries de los dientes en las diferentes razas.

El Director de la Gaité piensa presentar en cuadros vivos todas las obras picturales premiadas en la Exposición, para lo que está solicitando la autorización de los autores.

La ejecución de *Le Fils naturel* de A. Dumas hijo, ha sido un gran éxito en el teatro Frances. Esta obra se estrenó en el Gymnase en 1858.

Una Compañía de Opera daba representaciones en provincias. El Director le preguntó una noche al dueño del hotel donde paraban, si le había gustado la que habían cantado aquel día.

—Mucho, señor Director, le respondió.

—Pues mañana oirá V. otra mejor. ¿Conoce V. *El Barbero de Sevilla*?

—No, señor Director, me afeito yo mismo.

Una Sociedad financiera ha comprado en 3 millones de francos el Teatro Italiano. La escena en que han obtenido tantos triunfos la Grisi, la Frezzolini, la Cruvelli, l'Albani, la Patti y tantos otros artistas de ambos sexos, va á convertirse en una casa de banca.

La sala Ventadour formaba parte del *high life* parisien, era el sitio de ésta de la buena sociedad y había sabido mantener á sus abonados en una justa medida de elegancia. Los palcos principalmente eran en ciertos días unos salones de recepción. Su *foyer* ha sido mucho tiempo el terreno neutro donde se encontraban los hombres que militaban en distin-

tos partidos y se entregaban á familiares y amenas conversaciones.

El mundo parisien le tenía cariño á este teatro y tenía necesidad de él, completaba su vida rica y elegante, se encontraban como en su casa y era, en una palabra, uno de los sitios públicos de París en que las señoras recibían más homenajes y donde se encontraban mejor.

¡Pero el templo de Mercurio va á ocupar el templo de Apolo! *¡Sic transit gloria mundi!*

NEDOC.

NOTICIAS GENERALES.

El 19 de Febrero será la célebre carrera de perros, *Waterloo-Cup*, para la que hay ya cuarenta inscritos. La favorita es *Coomassie*, que ha ganado los dos últimos años.

Mr. Lorillard, *sportman* americano, ha llegado á Inglaterra donde piensa fijarse con sus veinte y tres caballos de carrera. Entre éstos se encuentra uno de tres años *The Duke of Magenta*, que ha vencido este año en once carreras y ganado á su propietario, cerca de cuarenta mil duros.

Ha llegado á Madrid el rico capitalista de Sanlúcar de Barrameda D. Pedro Manjon, con objeto de regalar á S. M. el magnífico caballo de campo que ofreció al joven monarca á su paso por aquella población.

El aspecto general de nuestros campos es bastante satisfactorio. Las copiosas lluvias y nevadas que han caído durante la última quincena han satisfecho abundantemente la sed de nuestros campos preparándolos para una buena germinación.

Las aceitunas se aprovechan grandemente de estas benéficas humedades, pues ganan en lozanía y tamaño. La variedad de olivo denominada *negral*, y en alguna localidades *negrilla*, presenta su fruto en completo estado de madurez y en cantidades bastantes notables. El olivo conocido con el nombre de *vibrial*, tan extendido en la zona norte de nuestra región olivífera, está más retrasado, pero en vías de una próxima maduración.

En un periódico alemán se lee la siguiente anécdota sobre el Duque de Brunswick, tan conocido de los parisenses. Le habían dicho que en ningún teatro de París había butacas más estrechas é incómodas que en el Ambigú, y como el Duque tenía marcada predilección por el bello sexo del género corpulento y le gustaba la sociedad de las damas, de buenas carnes, cada vez que sus amigos le hablaban de una beldad á la moda, el Duque le enviaba una butaca del teatro citado. Después esperaba, y cuando al día siguiente le decían que la dama había salido del teatro á poco de empezar la función, maldiciendo la butaca, el Duque corría á visitarla y presentarle sus respetos; pero cuando la señora se había quedado en la butaca toda la función, decía con aire desesperado... ¡Ah! esa señora y yo nunca podremos entendernos.

La campaña de 1879 se abrirá en Inglaterra con el meeting de Manchester, que tendrá lugar en los primeros días de Enero.

Para quitar las manchas del moho en la ropa blanca, se exprime el jugo de un limón en una cuchara de plata, se calienta poniéndola sobre una bujía encendida y se lava la mancha con el líquido desapareciendo completamente.

Un borracho tomó la resolución de ir á buscar fortuna, para lo que tomó pasaje en un barco, y al partir escribió á su esposa:

«Mi querida María, me he embarcado en un buque de 500 toneles, para ir á buscar fortuna á América. Paciencia, valor y volveré rico!»

—¡Un barco de 500 toneles! dijo la mujer después de leer la carta; pues si el viaje dura mucho, no tendrá bastante!

El Tiro de Pichones de Mónaco se abrirá el 19 de Diciembre. Gran concurso internacional, copas, objetos de arte y 30.000 frs. de premios. El 22, 25, 27, 28 (gran premio), 30 de Enero y 1 de Febrero.

Manual de aguas y riegos, por D. Rafael Laguna, se titula el tercer tomo que acaba de publicar la Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, su Administración, Doctor Fourquet, 7.

Memoria sobre el estado de la ganadería lanar en la provincia de Murcia, pequeño folleto debido á la pluma del Sr. D. Santiago Lopez Caballero, en que dicho señor propone los medios para mejorarla.

La acreditada casa de Cuesta, Carretas 9, ha publicado también *Apuntes sobre los vinos españoles*, obra premiada en la Exposición de Sevilla en 1874, y *Fabricación, clarificación, refino, conservación y envase del aceite de oliva, cacahuate y linaza*.

Se representaba en un teatro de provincia la traducción del drama *Los Niños del Puente de Nuestra Señora*; en el tercer acto hay una escena de las más interesantes, en que San Vicente de Paul, sentado al rededor de una mesa con varias personas, se levanta para exhortarlas. La escena es muy patética.

Entonces un actor, encargado del papel de criado, retiró, puede ser por exceso de celo, la silla del orador, el cual, habiendo acabado su discurso y queriendo sentarse, cayó al suelo cuan largo era.

Gran risa en el público y actores.

San Vicente de Paul se levanta furioso, persigue al desgraciado criado, y en medio de la escena le da un soberbio puntapié....

Puede juzgarse del efecto que haría esta imprevista escena en el público.

Segun estadísticas publicadas en los periódicos extranjeros, la Inglaterra y Francia necesitarán importar 35 millones y 20 millones de hectólitros de trigo, total 55 millones de los que América podrá enviar 40, y Rusia 16.

El Gobierno francés ha nombrado una Comisión para estudiar la cuestión del crédito agrícola. El *Diario Oficial* publica con este objeto un artículo en que recuerda las tentativas ineficaces que fueron hechas por el Gobierno Imperial creando el *Crédit foncier* y el *Crédit agricole*, que sólo tuvieron de agrícolas el nombre.

La Comisión superior de la Filoxera se ha reunido bajo la presidencia del Ministro de Agricultura, exponiendo lo grave de la situación, pues en 1877 había veintiocho departamentos atacados, y hoy hay treinta y nueve. Sobre 1.583.000 hectáreas de viñas, la quinta parte está destruida, y otra quinta parte amenazada; pero la ciencia no encuentra un medio para vencer á esta plaga.

Un cajero de una importante casa de comercio, desaparece dejando sobre la mesa la siguiente explicación: «En vista de la influencia cada día mayor del clericalismo en Francia, ningún hombre de corazón puede dudar más tiempo en crearse una nueva patria. No vacilo más, y parto llevándome la caja.»

Las huelgas de los jornaleros del campo preocupan mucho á los ingleses. Los trabajadores del Mediodía perciben de los fondos huelguistas 15 s. hellings por semana y rehúsan trabajar.

El Canadá ofrece á todo el que quiere concesiones de terrenos, y si los labradores no se arreglan con los huelguistas, es probable que termine por una gran emigración de jornaleros; y como ya escasean brazos, la cuestión es muy grave. Los arrendatarios están casi todos ricos, y llevan una vida de lujo, con coches, caballos y buena mesa, rehusando partir con los propietarios por un lado y los jornaleros por otro, las cargas de los malos años.

Los habitantes de la provincia de Semipalatinsk habrán observado que en los límites de la China, cerca de Goutchen, se encontraban á menudo camellos salvajes. Algunos cazadores habían tratado de cogerlos, pero siempre en vano. Los kalmucos decían que su caza es muy difícil, pues huían de manera que los caballos kirghises no podían alcanzarlos. Los camellos salvajes se aperciben del menor ruido y no se dejan sorprender.

Esto interesó mucho á los sabios que formaban parte de la expedición de Brême, y prometieron una buena recompensa al que cogiera un camello salvaje. Un empleado ruso de Zaisan tomó la iniciativa en esta caza. Reunió en Diciembre del año último los mejores cazadores kirghises, llevó buenos caballos y algunos camellos domesticados, y la tropa se puso en marcha, compuesta de ocho personas, una de las cuales era un chino llamado Saiate que llevaba una escopeta Berdan. Tomaron el camino que conduce á Goutchen; pero no viendo trazas de camellos, se dirigieron al Sudoeste. A una distancia de 40 verstas encontraron una manada; pero apenas hicieron algunos disparos, huyeron los camellos, siendo difícil seguirlos.

Los cazadores hicieron un camino en la arena, y ocultándose, hicieron fuego sobre otra manada que se presentó; uno de ellos salió herido, pero huyó á pesar de esto, y tan ligero, que los kirghises no pudieron alcanzarlo.

Al día siguiente Saiate logró matar uno á una distancia de 600 pasos. Se acercaron al animal, que daba grandes gritos, y vieron era un camello con dos jorobas, la lana igual á la del domesticado, la sola diferencia era un mechón de crin en el cuello y que las patas traseras no tenían lana. La carne del camello salvaje es agradable, mientras que la del domesticado es muy fea.

Toda la *steppe* forma una verdadera mar de arena, donde se hunden los caballos. Los camellos andan errantes en grupos de diez, veinte y treinta. Durante la caza, se vieron algunos caballos salvajes, cuyas crines y colas son rojas.

Le pedían á uno informes de un notario, y contestó:

Es la flor y nata de los hombres de bien y de buena familia: todos sus miembros han sido notarios de padres á hijos, y me aseguran que en el estudio de uno de sus antecesores fué depositado el Antiguo Testamento.

Una historia de caza.

Un Nemrod campesino había matado un conejo el día de la apertura de la caza, y se lo regaló al cura. Este recibió con placer el presente, y queriendo ser fino con sus feligres, lo invitó á comer una hermosa ave. El campesino se sienta, y en poco tiempo la mitad de la vitualla había desaparecido, en vista de lo que el cura juzgó era tiempo de intervenir.

—Amigo mio, le dijo, he olvidado prevenirle, que si come demasiado de este plato, perderá instantáneamente el uso de la palabra.

El campesino se para... despues, guardando la otra mitad del ave en su morral, le contesta:

—¡Ah, señor cura, qué bien me viene esto! ¡Qué servicio me hace V.! Justamente mi mujer no calla nunca, y voy á hacer que se coma en seguida el resto de la gallina.

Hemos recibido el número 53 de *La Naturaleza*, publicación ilustrada, cuyo fin es poner al alcance de todos, los adelantos científicos modernos. El sumario es el siguiente:

Investigaciones experimentales sobre las funciones del balañcin en los insectos dípteros.—Locomotiva sin fogón, sistema E. Lamm y L. Francq.—Procedimiento de extinción

ción rápida de los fuegos de las chimeneas.—Miscelánea.—Voltámetro detonante.—Indices.

Este número contiene siete preciosos grabados, entre ellos los siguientes: Locomotiva sin fogón de MM. Lamm y Franc.—Locomotiva sin fogón enganchada á un tren.—Voltámetro detonante.

Esta elegante Revista semanal, de magnífica impresión y preciosos grabados, tiene por objeto poner al alcance de todos los adelantos realizados en los múltiples ramos del saber humano.

A pesar de sus condiciones, su precio es muy pequeño, pues sólo cuesta la suscripción 80 reales al año, tanto en Madrid como en provincias. Puede pedirse un número para convencerse de sus condiciones excepcionales, á la Redacción de dicho periódico. Pizarro, 15, Madrid.

Un americano intenta ir de New-York á París en un velocipedo nuevo, inventado por un mecánico de New-York, que puede servir para ir por tierra y por mar. Esta máquina puede llevar varias personas, y su velocidad se calcula en seis millas por el agua y doce por tierra.

Un yankee original, conocido con el nombre del *hombre-carreta*, ha hecho hace poco el trayecto de New-York á San Francisco á pié, tirando de una carretilla de mano. Este hombre, dotado de una fuerza extraordinaria, partió de New-York el 20 de Junio y llegó á San Francisco el 26 de Octubre.

Hemos recibido el bonito Almanaque de *La Gaceta agrícola del Ministerio de Fomento*, que trae interesantes artículos de sus principales colaboradores, y que aconsejamos á nuestros lectores lo adquieran por ser de utilidad su lectura.

Se vende en la Administración, Cervantes, 9, bajo.

En las casas opulentas de los países escandinavos en que el frío es terrible, antes de salir de caza, de viaje, etc., se toma una gran taza de café negro, ó de té muy fuerte, lo más caliente posible, al que se le echa una cantidad de vino de Burdeos igual.

Esta bebida activa extraordinariamente la circulación de la sangre, y pone en disposición de luchar contra el frío por fuerte que sea.

De la estadística de las carreras en Inglaterra tomamos las siguientes noticias de lo que han ganado algunos propietarios de caballos en este año.

Mr. Cranford, 17.450 libras esterlinas.—Lord Lonsdale, 14.520.—Duque de Hamilton, 10.880.—Mr. Gretton, 9.969.—Mr. Vigner, 6.437.—Mr. Pechl, 6.259.—Duque de Westminster, 5.526.—Mr. T. Jennings, 5.470.—Cap. Machell, 5.380.—Lord Hartington, 5.251.—Lord Zetland, 5.327.—Lord Rosebery, 4.983.—Mr. Bush, 4.711.—Duque de Saint-Albans, 4.426.

Se han ofrecido 10.000 duros por el *steple-chaser* irlandés *Bacchus*.

Para impedir á las moscas que penetren en las orejas de los caballos, basta con frotar una vez por semana, con unas gotas de aceite de oxido de hierro por el interior de la oreja, y se evita que ni se acerquen á la cabeza del animal. Frotando el vientre y las narices se le hace invulnerable.

El número de animales feroces matados en Argel de 1873 á 1877 es el siguiente: leones, 53; leonas, 49; leoncillos, 9; panteras, 530; panteras jóvenes, 45; hienas, 1.072; chacales, 14.784; en todo, un total de 16.542 fieras.

El precio que paga el Gobierno por la destrucción de ellas, es: leones y panteras, 40 á 60 frs.; idem jóvenes, 15; hienas, 5 frs.; chacales, 1 á 2 frs.

Mr. B. de Montrouge tenía un perro dogo magnífico, de gran fuerza y ferocidad, por lo que siempre estaba amarrado en el patio de la posesión y sólo sus dueños podían acercarse. Un día, la señora B., al ir á llevarle la comida, tenía en brazos su hija, niña de pocos meses. El perro miró á la niña gruñendo y se puso á comer sin perderla de vista. La señora, sin preocuparse del perro, cuyo carácter conocía, se alejó un poco, dejando en el suelo á la niña, y el animal, celoso sin duda de los cariños que recibía ésta, dió un salto terrible, consiguiendo romper la cadena, y lanzándose sobre la criatura, empezó á morderla con rabia. En vano la señora, que acudió en seguida, trataba de separarla, y á pesar de los criados que acudieron y los palos que le daban, el perro no soltó su presa hasta que le dieron una cuchillada que le mató. La niña quedó en un estado desesperado.

El Sr. D. Otto Wolffenstein, cuyos trabajos en favor de la agricultura conocen nuestros lectores, sigue analizando la caña de azúcar que se cultiva en un campo del Jardín provincial, á fin de apreciar el desarrollo que va tomando lo materia sacarina. De sus análisis resulta que la caña cortada el día 7 del corriente, contenía:

83,23	por 100 de agua
7,56	» de pulpa pura.
1,36	» de materias solubles no azúcar.
10,85	» de azúcar cristalizabile.

El zumo contenía 11,74 por 100 de azúcar y marca-ba 7,56 B.

Ayer se reunió, bajo la presidencia del señor Director general de Agricultura, la Comisión parlamentaria que ha de estudiar el estado de la ganadería española, con objeto de oír el dictámen emitido por el ponente Sr. Lopez Martínez, que fué aprobado por la Comisión y se elevará al señor Ministro de Fomento, para que pueda presentar en su día á las Cortes el oportuno proyecto de ley y resuelva si debe procederse á concurso para premiar las mejores Memorias que se presenten.

Varios aficionados, personas todas conocidas en los círculos aristocráticos, proyectan para las próximas fiestas una cacería de reses, á la que asistirán el tenor Sr. Tamberlick y algunos importantes hombres públicos.

Parece que se trabaja con actividad para la clasificación de los montes públicos que deben venderse, y cuyo producto se destina á la amortización de consolidado.

Segun nuestras noticias, está entregada en el Ministerio de Fomento la clasificación de los de siete provincias, y en breve lo estarán la de los demas, pues los trabajos van muy adelantados.

Resultado del avance hecho, aunque el dato no puede ser conocido aún exactamente, que el producto de la venta de los montes ascenderá próximamente á 100 millones de reales.

El lunes 9 del corriente se reunieron en casa del Sr. Duque de Fernan-Núñez los señores que componen la Junta Directiva de la Sociedad del fomento de la cría caballar, para tratar de los medios de arbitrar recursos para terminar definitivamente el nuevo Hipódromo.

Hemos visto los planos del proyecto y los dibujos terminados, y podemos asegurar que será uno de los mejores de Europa.

En la Sociedad de Caza de que es Presidente el Conde de la Corzana y que tiene arrendados los cuarteles del Goloso y del Aguila en el Pardo, han estado de caza la semana pasada los Sres. Conde de Gouar, Marqués de Ahumada, Rafael Calvo, y D. José Luis Albareda, matando en el día 95 conejos y una perdiz.

Hemos tenido el gusto de saludar en esta córte á nuestro amigo el distinguido joven sevillano D. Rafael Calvo, que en algunas cacerías verificadas estos días ha acreditado su merecida fama de excelente tirador.

Diestro con la escopeta en el monte y en el tiro de pichon, y diestrisimo cuando puntea la guitarra y entona las canciones españolas, dulces, apasionadas y sentimentales, el Sr. Calvo, nuestro amigo, es un excelente compañero para las cacerías, y hemos ya experimentado una satisfacción vivísima al verle entre nosotros.

El lunes de la semana pasada tuvo lugar en Sevilla el enlace de la bella y distinguida Srta. D. Dolores Gomez de Barreda y Gomez de Barreda, con el Sr. D. Nicolas Maestre y Lobo. El antiguo parentesco que existía entre las aristocráticas familias de Barreda y Maestre se han estrechado hoy con este nuevo vínculo.

El número, la riqueza y gusto de los regalos que los novios han recibido de sus parientes y amigos, no sólo de aquella Ciudad, sino de la Córte y de otros puntos de España y del extranjero, y el lujo y la solemnidad con que se ha celebrado el acto, le han dado el carácter de un verdadero acontecimiento en la buena sociedad S. villana.

Este se verificó en la hermosa casa de los Sres. Barreda, exornada segun las exigencias de la época, con joyas artísticas en cuadros, muebles y blasones antiguos, en alianza y armonía con los bronceos, espejos, cortinajes y demas adornos del buen gusto moderno, iluminada por torrentes de luz que despedían arañas y candelabros distribuidos con orden y profusión en las estancias y salones, aromatizados con la fragancia de multitud de flores y plantas exóticas colocadas á donde quiera que tenían lugar á propósito.

Desde las nueve de la noche empezaron á concurrir las personas invitadas, siendo recibidas por la Sra. de Varona y Villavicencio, el Sr. D. Manuel Gomez de Barreda, tíos carnales de la novia, y por la hermana de la misma Señorita D.ª Filomena Barreda, que vestía elegantemente un traje de raso rosa adornado con flores y encajes blancos y luciendo un caprichoso y sencillo tocado, todo lo cual quedaba oscurecido por su distinguida belleza.

Cerca de las once de la noche se abrió otro salon, y el oratorio contiguo, donde se colocaron los asistentes y la familia del novio, en los puestos señalados de antemano, pasando los citados tíos de la desposada á acompañarla desde sus habitaciones, y con la cual volvieron á los pocos momentos.

Celebróse la ceremonia religiosa, dando la bendición nupcial, despues de una elocuente plática, el ilustrado párroco de San Lorenzo, Sr. D. Marcelo Spinola y Maestre; siendo padrinos la Sra. D.ª Manuela Varona y Villavicencio y el Sr. D. Juan Maestre, y testigos el Sr. Marqués de Gandul, D. Manuel Gomez de Barreda, D. Ramon de la Miyar y don Rafael Lobo. La reunion se prolongó despues hasta las doce, sirviéndose en tanto un espléndido *buffet*.

Difícil nos sería enumerar todas las personas que asistieron; baste decir que estuvo dignamente representada nuestra escogida Sociedad respecto á los caballeros, y en cuanto á las señoras, si bien en menor proporción, dieron el mayor encanto y brillantez á la fiesta, como se justifica por sus nombres: Sra. Condesa de Casa Galindo, Marquesa de Esquivel y Casa-Ramos, Sras. de Guinarest, Carnevali, Spinola, Arjona y Leon; y Sras. de Arjona, Villapanés, Lasso, Carnevali, Esquivel, Spinola y de Maestre.

La novia vestía un magnífico traje de faya, adornado con raso blanco, riquísimos encajes y guarnecido de ramos de azahar; velo blanco, corona de azahar entrelazada con pichas de brillantes, y un collar de gruesas perlas, alhaja verdaderamente régia.

Deseamos todo género de felicidades al nuevo matrimonio.

El jueves último ha obsequiado el Sr. Duque de Fernan-Núñez á su amigo el Duque de la Torre con una cacería en los montes de la *Flamenca* que el Sr. Duque de Fernan-Núñez posee cerca de Aranjuez.

En el tren de las siete de la mañana salieron de Madrid el Sr. Duque de Fernan-Núñez, el de la Torre, el de Huéscar,

el Príncipe Pio de Saboya, hermano del primero, los Marqueses de la Mina y de Ahumada, los Sres. Monteverde y Albareda y otros invitados. A las nueve y media almorzaron en el magnífico comedor de la *Flamenca*, empezando á cazar ántes de las once.

Pasado el primer ojeo llegaron al monte en un *panier* la Sra. Duquesa de Huéscar y su prima la hija del Príncipe Pio de Saboya que ha venido con su padre á pasar unos dias en Madrid. La linda Duquesa de Huéscar, desde aquel momento tomó parte en los ojeos que se echaron luego, matando, con la singular destreza que le es propia, la mayor parte de los conejos y liebres que cruzaban por delante de su puesto. Vestía un traje de paño gris guarnecido de negro, y llevaba un sombrero calabrés tan gracioso como elegante. Su joven y simpática prima, también muy bonita, presenciaba, desde el puesto en que tiraba su tío el Duque de Fernan-Núñez ó su padre, la cacería.

La expedición fué agradable y divertidísima, matando cazadoras y cazadores, desde las doce hasta las tres de la tarde, 7 perdices, una chocha, 14 liebres y 100 conejos. Los gamos atravesaron una vez la ballesta, pero no se les pudo tirar por pasar muy léjos. También pasaron muy léjos dos magníficos zorros.

Son notabilísimas las yeguas y potros pura sangre que tiene el Sr. Duque de Fernan-Núñez allí.

El sábado 21 del actual se celebrará en el *Tattersall Français* de París una venta de caballos de pura sangre, procedentes de la cuadra del Conde J. de Lagrange, *Haras de Dangu*. Los precios, según costumbre seguida en este *Tattersall*, se pagarán al contado, abonando los compradores un 9,90 por 100 de recargo con destino á los gastos.

He aquí la lista de los caballos que se venden:
Yearlings nacido en 1877: *La Suede*, baya, hija de *Pompier* y la *Samaritaine*; *Melange*, bayo, de *Cónsul* y *Marion*; *Activité*, baya, de *Cónsul* y *Alerte*; *Brosseur*, bayo, de *Le Sarrazin* y *Bombardé*; *Adresse*, baya, de *Feu-de-Amour* y *Avicie*; *La Fille*, baya, de *Le Sarrazin* y *La Fun-de*; *Charley*, bayo, de *Peut-Etre* y *Constance*.

Caballos de tiro: *Dentiste*, húngaro, bayo, nacido en 1876, de *Heury* y *Deer-Chase*; *Sauvage*, bayo, nacido en 1876, de *Henry* y *Seminis*; *Ballon*, alazan, nacido en 1876, de *Re-vigny* y *Balerine*.

Poulinières: *Avenante*, baya, nacida en 1874, de *Pompier* y *Lady Bir*; *Bombarda*, baya, nacida en 1867, de *Ventre-Saint-Gris* y *Gladiator*.

Potros: *Parnasse*, bayo, nacido en 1869, de *Plutus* y *Planet-Mose*; *Gabier*, bayo, nacido en 1867, de *Pretty-Boy* y *Lena*.

La *Sociedad de caza de Madrid*, que viene introduciendo en España hace tiempo los más notables usos del moderno *sport* de Europa, ha adquirido últimamente, en Londres, una nueva jauría (*meute*) de *chiens courants*, con los cuales se han verificado ya dos cacerías.

A pesar de lo desapacibles que han sido los dias en que se probaron estos perros, han dado señales evidentes de sus buenas cualidades, y es seguro que una vez aclimatados al terreno serán notabilísimos. La *Sociedad* ha traído también de Londres un *piquer* nuevo y caballos ingleses para el primero y segundo *piquer*.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

El luto, á pesar de haber cesado oficialmente, extiende todavía su triste influjo sobre nuestra sociedad elegante. Ninguna gran recepcion ha sucedido, hasta el momento en que escribimos estas líneas, á la de la legacion inglesa.

Han sido, en cambio, frecuentes las recepciones particulares y los banquetes. A los semanales de los Marqueses de Bedmar y de los Sres. de Bahüer, hay que agregar, en la crónica de esta quincena, el celebrado por los Marqueses de Campo en honor de nuestro embajador en la corte pontificia, Sr. Cárdenas.

En él se presentó por primera vez en sociedad, despues de su doble luto, la Condesa de Heredia Spinola.

No tardará mucho en reanudarse la brillante serie de recepciones que, sobre constituir grato solaz para los afortunados que á ellos concurren, sirven de grande estímulo á la industria, á pesar de la opinión de ciertos espíritus estrechos, que sólo ven en el lujo la vanidad del que le ostenta, y no un gran propulsor de la civilización y el mayor elemento de riqueza pública posible.

Ya que no en recepciones, en los teatros más de moda, y en el Real señaladamente, se han encontrado las personas de la buena sociedad durante la pasada quincena.

Las noches pasadas se fijaban las miradas de los concurrentes al Teatro de la Opera en el palco que habitualmente ocupan los Duques de Fernan-Núñez.

Una joven alta, esbelta, rubia, pero no con ese rubio pálido de las mujeres del Norte, sino con el rubio dorado por el sol del Mediodía, era el objeto de la general atención. La belleza, como el talento, como todo lo que se eleva y distingue, tiene su celebridad, y bien pronto el nombre de la elegante extranjera corria de boca en boca.

Era la hija del Príncipe Pio, el hermano mayor del Duque de Fernan-Núñez, que ha venido de Italia á pasar en Madrid una temporada con sus ilustres deudos.

Su estancia aquí será celebrada con alguna fiesta en el palacio de sus tíos. El egoísmo se une, por lo tanto, á la justicia, para celebrar como acontecimiento feliz su venida.

Esta tarea de Cronista tiene más de triste que de agradable, pues más abundan en la vida los sinsabores que las alegrías.

Hoy, por ejemplo, tenemos que ceñir de nuevo á nuestra pluma la gasa funeral.

Siempre es horrible la muerte; pero sus naturales hor-

rores aumentan cuando hace víctimas de su implacable saña á la juventud y á la hermosura.

La Condesa de Xeixel, la bella y distinguida Carolina Pereyra, que había heredado todos los prodigios de hermosura que parecen vinculados en las mujeres de su familia, ha muerto, al dar á luz una niña, como esas plantas delicadas que se secan en cuanto dan vida á un capullo.

Una tradición vulgar dice que las mujeres que mueren de parto van derechas al cielo, y, con esta creencia, se demuestra cuánto hay de sublime en esa muerte que se sufre por dar vida á un nuevo sér.

Acompañamos en su justo dolor á la madre de la desventurada condesa, á su tia, la señora de Buchental, y á toda la familia, que tanto ha sufrido con esta irreparable pérdida.

También ha fallecido en Italia el señor Conde de Balbi, secretario que fué de la Embajada de aquel país en el nuestro, y persona muy apreciable en los círculos aristocráticos de Madrid.

Algo tarde es ya para hablar del sueeo; pero es imposible dejar de consignarlo en estas crónicas.

El Nudo gordiano ha sido el acontecimiento dramático de la temporada, y Eugenio Sellés, su autor, ha pasado, de las torturas del autor inédito, á los envidiables triunfos del autor aplaudido.

Su libro la *Política de Capa y Espada* fué, á pesar de su indisputable mérito, muy poco conocido. *La Torre de Talavera* y *Maldades que son justicias*, sus primeros dramas, naufragaron en el mar borrascoso de las intrigas de bastidores; de modo que hasta las representaciones de *El Nudo gordiano* no había llegado Sellés á gozar de la popularidad que su talento merece.

¡Cuántos sufrimientos, cuántas amarguras ántes de llegar á ese feliz término, que realizará, sin duda alguna, los sueños que consolarían al poeta en sus noches de desvelo, en sus momentos de decepcion y de angustia!

Pero ya todos esos sufrimientos pertenecen al pasado; los aplausos del público los han borrado, como borra el viento las huellas impresas en la arena, y los vela ya la sombra más grata para el que se aventura en los senderos que conducen á la gloria, la sombra del laurel, señal y recompensa de la victoria.

Antes, cuando se hablaba de Sellés, se decía: «un tal Sellés, que fué Gobernador», y le conocían pocos. Ahora se dice: «Sellés, el autor de *El Nudo gordiano*», y pocos serán los que no le conozcan.

Y, sin embargo, ¡cuánto había trabajado ántes! Pero sus principales trabajos habían sido en el periódico, y de esta clase de labores ha dicho con razon un notable escritor, que se piensan, se escriben, se imprimen, se leen y se olvidan, todo en veinticuatro horas.

El asunto tratado por Sellés en su obra es el asunto de moda; y mucho cuidado con el alcance que se da á nuestras palabras, que no queremos decir, en modo alguno, que el adulterio sea cosa de moda, sino que el exámen de las relaciones íntimas del matrimonio está siendo la piedra de toque de la crítica social.

Nuestros padres veían cruzar la senda del amor á dos esposos, y sólo pensaban en cantar un idilio con tan fausto motivo. Voltaire había dicho ántes, con aquella doble vista que hizo de este primer impío el último profeta: «¡Estoy cansado de idilios, señores! ¿No les parece á ustedes que es ya hora de cantar responsos, y no epitalamios, cuando un hombre se casa?» Si no responsos, la literatura moderna dice cosas muy serias cuando un joven une á una mujer su destino, y los que marchan á la cabeza de esta revolución de las ideas, desenvuelven las suyas en la novela y en el drama.

Al mismo tiempo que el público aplaudia *El Nudo gordiano*, ese drama realista en que hay observaciones de frio filósofo y oleadas de luz de un genio poético, poníase á la venta en todas las librerías la novela de Perez Galdos, *La Familia de Sem Roch*, primera parte de una obra intencionada, profunda y amena, en que el narrador del sublime drama de Ticobriga enseña, á través de su lente escrutador, que ve tan claras las cosas, sin la aberracion cromática del observador miope ó apasionado, un hondo misterio del matrimonio.

El talento de Perez Galdos consiste, más que todo, en prestar á su estilo una magia que atrae, seduce y encanta. Hay en él, á veces, la limpidez de un lago tranquilo y sereno, y á veces, la fosforescencia cambiante del mar del Ecuador. El juicio que sus obras nos merecen es tan alto, que no nos atrevemos á consignarle por temor á que se atribuya á la mucha amistad que profesamos al joven y modesto novelista.

También es un recóndito arcano del matrimonio lo que sirve de base al drama escrito en colaboracion por los señores Echevarría y Santibañez bajo el titulo de *El Paraíso de Milton*. Por más que alcanzó un éxito satisfactorio, no posee gran mérito esta obra, en que desde luego se descubre la existencia de dos ingenios distintos. La colaboracion literaria, que puede ser útil en otro género de producciones, es deplorable en el drama. Schiller y Goethe eran muy amigos, vivían casi juntos, y jamas quisieron escribir unidamente un drama, ni aun un poema.

No podemos ver en un cartel de teatro los nombres de dos autores apadrinando una obra, sin que el recuerdo de la *razon social* acuda á nuestra mente.

Así es que cuando salíamos hace pocas noches del Teatro Español, despues de aplaudir á Rafael Calvo, que caracteriza gallardmente en *Milton* el papel de un marido noble é injuriado por una liviana mujer, como un amigo nuestro nos preguntase:

— ¿Qué opinas de ese matrimonio?
 — Que procede el divorcio, respondimos.
 — Pero, ¿de qué matrimonio hablas? replicó nuestro amigo.

Y añadimos nosotros:
 — Del matrimonio literario de Echevarría y Santibañez.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

Tirada ordinaria del dia 29 de Noviembre de 1878, á las dos y media de la tarde.

1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 4 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—111—1.—G., á 26 metros.

Sr. D. José Pereyra.—111—0, á 27 metros.

2.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 4 tiradores.

Sr. Duque de Huéscar.—4/5.—G., á 26 metros.

3.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 3 pichones, 4 tiradores.

Sr. D. Santiago Udaeta.—111—1.—G., á 24 metros.

Sr. D. José Pereyra.—111—0, á 27 metros.

La tirada terminó á las cuatro de la tarde.

AVELINO.

Tirada ordinaria del dia 6 de Diciembre de 1878, á las dos y media de la tarde.

1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 3 tiradores.

Sr. D. Eduardo Anspach.—5/5.—G., á 29 metros.

2.^a *Piña*.—Lo mismo que la anterior.

Sr. D. Eduardo Anspach.—011—1.—G., á 30 metros.

Sr. Conde de Gomar.—101—0, á 26 metros.

3.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—10111—01.—G., á 26 metros.

Sr. Duque de Huéscar.—01111—00, á 26 metros.

4.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 4 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—4/5.—G., á 26 metros.

5.^a *Piña*.—Igual á la anterior.

Sr. Duque de Huéscar.—5/5.—G., á 26 metros.

6.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en un pichon, 4 tiradores.

Sr. Duque de Huéscar.—01111.—G., á 27 metros.

Sr. D. Eduardo Anspach.—01110, á 30 metros.

Tomaron parte en estas *Piñas*, además de los señores citados, D. Scipion Morillo y D. Rafael Calvo.

La tirada terminó á las cuatro y media.

AVELINO.

Tirada ordinaria del dia 13 de Diciembre de 1878; á las dos y media de la tarde.

1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 4 tiradores:

Sr. D. José Pereyra.—5/5. G. á 27 metros.

2.^a *Piña*.—Lo mismo que la anterior.

Sr. D. José Pereyra.—10101—1. G. á 28 metros.

Sr. D. Eduardo Anspach.—10110—0, á 25 metros.

3.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores:

Sr. Duque de Huéscar.—10111—1. G. á 26 metros.

Sr. D. Eduardo Anspach.—11011—0, á 29 metros.

4.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 4 tiradores:

Sr. D. José Pereira.—5/5. G. á 29 metros.

Tomaron parte en estas *piñas*, además de los señores citados, el Sr. Conde de Gomar y el Sr. Okolicsanxi.

La tirada terminó á las cuatro.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 á 46 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 14,02 á 14,06 fanega. Y la cebada, de 8,11 á 8,21 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

	I.				
A	p	o	l	o	
p	a	r	i	s	
o	r	z	a	s	
l	i	a	d	a	
o	s	s	a	t	

Para dar la solucion en el próximo número.

I.

- 1.º Instrumento músico pastoril.
- 2.º Diminutivo de un nombre de mujer.
- 3.º Lo que se le perturba al hombre cuando se enfada.
- 4.º Ciencia que se refiere directamente al hombre.
- 5.º Adjetivo femenino en plural, que indica cansancio ó dejadez.

PROPIETARIO,

D. J. Luis Albareda,

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Ariben y C.^a
 (sucesores de Rivadeneyra),
 IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

